

# SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Octubre 1960

★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ★ Precio 0'70 NF - N° 810-82

## Para un esquema de las contradicciones políticas

NIETZSCHE: LA VIOLENCIA  
IRRACIONAL ROMANTICA

M AQUIAVELO ha dejado a la posteridad dos sugerencias que han ejercido una poderosa fascinación: su análisis de la naturaleza humana y su concepto de la fuerza como determinante de toda razón y justicia. Ambas imágenes están íntimamente trabadas, como en una directa relación de causa a efecto. Spengler afirma, en tal sentido, que el hombre es un animal de rapiña. Y por lo tanto, «la política es simplemente el efímero sucedáneo de la guerra». Pero Marx ya había legado a la conclusión de que todo el desarrollo de la historia humana es la historia de la lucha de clases. La revolución, todas las revoluciones, no son entonces otra cosa que expresiones de esta guerra ineluctable. ¿Mas qué es la guerra? ¿Y qué la revolución, sino el ejercicio y el auge de la violencia desnuda? Pero ninguna guerra, ninguna revolución, se lleva a cabo si no es en nombre de un ideal. Estos ideales constituyen la máscara de los intereses o las pasiones en pugna. Mussolini dijo cierta vez: «Hemos creado un mito. Este mito es una fe, un noble entusiasmo. No necesita ser una realidad; es un impulso y una esperanza, una creencia y un valor. Nuestro mito es la Nación, la gran nación que queremos convertir en una realidad concreta». Los instrumentos de este ideal fueron la violencia política en el interior y la violencia guerrera en las relaciones exteriores. Siempre la violencia. Es que ya G. Sorel, maestro teórico del caudillo italiano, como de tantos otros, había demostrado, también a la luz de la historia, el sentido ético de la violencia en su famosa obra «Reflexiones sobre la Violencia». Este mito soreliano de la violencia se vinculaba, a su vez, quizás caprichosamente, al intuicionismo de Bergson y a la filosofía de la acción de Maurice Blondel. Se vinculaba a un repertorio de ideas que podríamos calificar a la manera de Vico, como «barbarie de la reflexión». Ideas que Guido de Ruggiero definió como una «enfermedad mental romántica». A esta enfermedad también la reconoció Adriano Tilgher al decir que «el romanticismo convirtió el

concepto científico de la vida en una divinidad metafísica».

Mientras los investigadores consagrados a la ciencia discurrían en torno al tópico de la ley evolutiva, los filósofos de la política rechazaban desdeñosamente la derivación social de estas ideas naturalistas, considerándolas demasiado mecánicas; preferían el tema de la revolución, de la violencia revolucionaria, de las rápidas mutaciones, sometiendo así a la historia al libre arbitrio de la volun-

tad humana, que en este caso no podía ser otra cosa que la voluntad de potencia. Estamos en pleno romanticismo, inmersos en una atmósfera emotiva. Atmósfera tan rica en sugerencias heroicas, tan fascinante que no pudieron substraerse a sus hechizos tampoco algunos hombres de ciencia. Y la ciencia misma, muy a pesar suyo, se vió implicada en esta actitud mental. Este es el caso de Darwin, pues sus teorías fueron interpretadas de tal modo que vinie-

ron a desembocar en la grande y tumultuosa corriente romántica. Lo mismo ocurrió con Hugo de Vries, en este caso con aparente mayor motivo, desde el momento que sus teorías implicaban, para ciertos intérpretes, una rectificación de la hipótesis evolutiva gradual. La confusión producida por estas falsas interpretaciones vamos a considerarla más adelante.

Ahora queremos subrayar, tan sólo, la fuerte acometida romántica llevada contra todo lo que significase un sentido de racionalidad en el acontecer político. En esta dirección, el romanticismo ha tenido una asombrosa y brillante fecundidad. Asombrosa por sus consecuencias y brillante por la presencia de tantas figuras excepcionales en las más variadas expresiones de la creación espiritual, en los dominios de la estética y la filosofía. El romanticismo nace, como una violenta reacción anti clásica, en pie de guerra. Y en ninguna parte, quizás, asume un carácter y un tono más peculiar que en Alemania. Alexander Gode von Aesch, en su obra «El Romanticismo alemán y las ciencias naturales», nos dice que «desde este punto de vista, las décadas allá por el 1800 aparecen en la vida cultural de Europa, y más aún en Alemania, como una guerra total en que todas las armas y todas las unidades toman, al mismo tiempo, parte activa. El romanticismo produjo efectos —lo que no quiere decir necesariamente, éxitos— en todos los reinos del esfuerzo humano. Si el estudioso del romanticismo o, para seguir con el simil anterior, el reportero de la guerra romántica, visita los distintos campos de batalla, encuentra que las causas y los gritos de guerra son casi idénticos en todas partes».

Si tuviésemos que personificar, por razones de brevedad, en un heraldo, la más alta, enfática y agresiva expresión de esta guerra intelectual, tendríamos que nombrar a Federico Nietzsche. Así como Goethe, el Goethe de la madurez, se nos aparece como el genio de la armonía, en el vasto y complejo movimiento romántico, Nietzsche es el genio inquietante de la discordia. Si consideramos al romanticismo como una suerte de filosofía emotiva, pasional, mágica y poética de la vida, Nietzsche llevó todos estos elementos a un gra-

por Luis DI FILIPPO



LOS PARIAS. Dibujo de Monrós

# Para un esquema de las contradicciones políticas

do de extrema tensión. Vamos a ver, entonces, en qué medida todo lo que él significó en la historia del romanticismo ha tenido consecuencias directas sobre las ideologías políticas contemporáneas. Hablar de Nietzsche, en este terreno, equivale a mencionar su voluntad de potencia o de poderío. «La historia al servicio de la vida, es decir, de una fuerza no histórica; he ahí el ideal de Nietzsche», afirma De Ruggiero. Este ideal consiste en «abrir de par en par las puertas a la actividad; pero siente la necesidad de descender por debajo del plano de la historia, a la zona de la vida brutal e irreflexiva». Este ideal exige la búsqueda de una moral «más allá del bien y del mal», que consagra el derecho del fuerte a aplastar al débil y que culmina en una especie de orgía dionisiaca de quien cree haber descubierto que «la vida es esencialmente violación, apropiación, sometimiento de todo lo extraño y débil, imposición de la propia forma», son palabras textuales del profeta germano. Gran parte de esta retórica nietzscheana reaparecerá más tarde en la prosa de Spengler. En oposición al sentido apolíneo y olímpico de la vida que se expresa en Goethe, Nietzsche descubrió, en sus meditaciones helénicas, lo dionisiaco, el fondo orgiástico del alma primitiva, la vitalidad salvaje y pasional que está en la raíz de la humanidad. Y Cassirer nos dice, entonces, que Nietzsche «conocía la vida como la manifestación de una voluntad ciega. La ceguera era, para Nietzsche, la verdadera condición de una vida realmente activa, mientras que el pensamiento y la conciencia se oponían a la vitalidad».

No pretendemos, ahora, llevar adelante la difícil empresa de presentar ni siquiera un esquema de la filosofía nietzscheana. Lo que queremos apuntar es un problema de otra índole: el de la influencia de Nietzsche —bien o mal interpretado— en los dominios del pensamiento y del actuar políticos. Hans Barth observa, en este sentido, que Nietzsche y la filosofía política del siglo XX no constituyen un tema de amplia reflexión porque Nietzsche fuese un pensador político constructivo de primera categoría, sino porque su obra ha proporcionado efectivas consignas políticas a una época». De muchas de estas consignas, la paternidad directa de Nietzsche es relativa, pues sus discípulos también se encargaron de crearlas por cuenta de su maestro. Es que en la obra de Nietzsche se mezclan tantos elementos diversos, en un estilo entre misterioso y cautivante, que sus intérpretes y discípulos crearon lo que Gisela Deesz calificó como una «comedia de equivocaciones». Pero es indudable que la voluntad de poderío, la repulsa de la llamada «moralina» o moral de filisteos, y toda su formidable

crítica desenmascaradora, convirtieron a Nietzsche en el más elocuente y cautivador profeta de las fuerzas irracionales que nos condujeron a las dos últimas guerras y a las revoluciones sociales dictatoriales que todavía sacuden al mundo. Pero este creador de mitos, este profeta de la agresión, se opuso al mito del Estado moderno porque comprendió que sería éste un instrumento de las masas. Y en su visión del porvenir, comprendió que en el antagonismo entre las «élites» aristocráticas y las masas, éstas tomarían posesión del Estado, lo cual significaba el derrumbe de la finalidad de su filosofía. Los discípulos del maestro renegaron de esta su especial posición política. Ellos también fueron hacia el Estado. Los discípulos comprendieron que la violencia sin el Estado es algo así como un arma sin quien la maneje, instrumento inofensivo. Nietzsche, resultaba, a la postre, un profeta inerte. Como un Savonarola del Romanticismo. Maquiavelo vio siendo joven muy claramente la situación el día cuando oyó a Savonarola predicar en San Marcos de Florencia. Savonarola logró el milagro de convertir su pasión religiosa y su elocuencia encendida en una fuerza política avasalladora, en un torrente de fuego que todo lo arrasaba a su paso. Pero carecía de los instrumentos que

encauzan, dan consistencia y cristalizan las fuerzas irracionales que la pasión política desata. Savonarola, no obstante vivir en el Renacimiento, no quiso dar el paso que separa al púlpito del Estado. Fué un moralista, pero no un político. Sospechamos que en el fraile inmolado sobre su propia hoguera pasional hubo de pensar el sagaz florentino cuando en el Cap. XI de sus «Discursos sobre la primera década de Tito Livio», estampó esta reflexión: «No es actitud prudente tener amistad con un príncipe que tenga más opiniones que fuerzas...»

Nietzsche tampoco fué un político; fué un moralista, aunque a su manera; pero un moralista al fin. Porque quien afirmaba que la esencia íntima del ser es la voluntad de poder, que el deseo más tremendo y fundamental del hombre es su instinto de poder, y que no son la necesidad, ni la concupiscencia el «demonio» del hombre, sino el amor del poder... debió comprender que el mito racionalizado de esta fuerza irracional está en la paradoja hipertrofiada del Estado moderno que no es, en verdad, un Estado de las masas, sino para las masas. Y que esa «élite» aristocrática que él propugnaba para el ejercicio del mando es esta «élite» democrática en auge que lleva el hombre de burocracia, en cuyas ma-

nos vulgares está el dominio político del mundo. Es esta clase gobernante que ha creado el milagro técnico de inventar la actual organización universal del desorden, sobre todo en el complejo mundo de la economía. Este contrasentido obedece a que todos los instrumentos creados por la ciencia, que son racionales, están puestos al servicio de las fuerzas irracionales dominantes. Se ha producido, evidentemente, una subversión o inversión de las jerarquías espirituales. Por eso se vive en pleno estado de violencia, desde las físicas a las morales. La voluntad de poderío, que para Nietzsche era una dionisiaca expresión de vida, es, en cambio, una expresión negadora de la vida misma. Esta derivación de la filosofía de Nietzsche parece una respuesta anticipada a la pregunta de Spranger sobre si existe una patología de la cultura. La incitación ideal de Nietzsche hacia la vida plena, se convirtió en una incitación real hacia la muerte total. Recuerda aquella «enfermedad para la muerte» de Kierkegaard. Nietzsche se propuso desplazar lo que él llamó desdeñosamente «el reinado de la razón». No sospechó el trágico éxito de su empresa; aunque, en verdad, tal desplazamiento no fué mérito exclusivo del filósofo germano.

● Terminará en el núm. próx. ●

## EL ARTE DE LA CRITICA

## RAYMOND DEVOS

UN París sin crítica motivada o inmotivada de todo sería inconcebible. Un París sin «Montmartre» en activo, en pleno rendimiento de gracejos e ironías no han podido tolerarlo las dictaduras, de donde el apagón espiritual — transitorio — de la «Ville-Lumière» producido por la última ocupación alemana. Quien había visto París en 1930 y volvió a verlo en 1941, la pena le robó el alma. «Aquello» era cualquier cosa perdida en la Isla de Francia y no la bulliciosa capital gala famosa en el mundo entero.

El género «chansonnier», acostumbradamente implaceable, orillando frecuentemente la corriente del anarquismo, por fortuna suaviza su mordacidad con las galas de la fineza, con las gracias de un estilo. Un «chansonnier» grosero no hallaría sitio en este amplio escenario de la crítica inteligente; sería como un tapón más arrojado al Sena.

Entre la abigarrada fauna de artistas de la canción... las más de las veces sin música, pero siempre a los acordes de una provechosa ironía, campa por sus méritos Raymond Devos, que hemos tenido el gusto de ver y apre-

ciar en su madurez en el Alhambra parisino. Con su ficción distraccionista y preocupada suelta



«inocentes» verdades una tras otra produciendo un cúmulo de ellas al espesor de una hora. Carga sin reposo la nota cómica — saludablemente cómica — siendo el público quien estalla en risa, pero no en reír baldío, de mero pasatiempo, sino justificada

por una agudeza, aleccionadora, por una salida ilustrativa. Las costumbres sociales tienen en Devos un observador y un crítico temible a causa de lo exacto de sus apreciaciones. El hombre tiene acaparadas políticamente ambas piernas — derecha, izquierda — andando por consiguiente como un autómatas, como un imbécil... El horóscopo, que pierde el interés de la existencia por lo que «indica» de antemano... El placer de la gimnasia física, exceptuado el cansancio que originan 10 horas de trabajo, los calambres, las luxaciones, la diferencia en condiciones físicas de individuo a individuo...

Devos se da al equivoco palabrero demostrando insuficiencias lingüísticas o relevando anomalías a las que la palabra bien combinada conduce.

Resumiendo: Raymond Devos — que no sería extraño cooperara al próximo Festival de Variedades que anualmente celebra este «Suplemento Literario de Solidaridad Obrera» — ofrece en cada aparición una hora de humor de la especie que no permite perder el tiempo.

Mayor elogio para nuestro amigo Devos, no lo conocemos.

CLAUDIO

# RAYMUNDO LULIO

## Primer oráculo de la política del buen vecino

por Angel Samblancat

*El mundo no es un potero, sino una casa de vecindad.*

### El gran arquitecto de la « Ars Magna »

COMO todo el mundo sabe, la «Ars Magna» es la enciclopedia o suma filosófico-teológica o castillo sapiencial del siglo XIII. De esa fábrica intelectual poderosa trazó los planos y levantó las arcadas Raimundo Lulio.

El bohemio o *globe-trotter* mallorquín fué uno de los ases de la Mística medioeval. Era filósofo, teólogo, naturalista, médico, orientalista, mago. Conducía de frente, en una palabra, todas las ciencias de su tiempo. Hablaba y escribía el árabe y el latín, con la misma soltura que el castellano y el catalán. Predicaba con facundia y solercia tan grandes, que se le llamó el Doctor Iluminado. Viajero empedernido, recorrió Francia, Italia y Marruecos; hizo varias veces la travesía del Mediterráneo, y se internó en el Asia y el Africa centrales, penetrando hasta Etiopía y hasta Tartaria. Tuvo una juventud tan verde y revolucionó tantas faldas y aventó tantos moños como San Agustín. Los que lo alcanzaron, lo pintan fardado con el pardo sayal de Asís y con una traza frailuna y bandolera que atufa. En el pórtico de sus obras aparece en hábito peregrino, con un garrote de dos metros de alto — su pluma —, una calva como la Ers del Mico y una barba como un tapabocas, al abrigo de la cual podía muy bien dormir al raso y arroparse con sus dobles como con una manta. Cuentan que de chico o de mozo hizo de San Isi-



dro y de gañán, y cuando trabajaba en el surco, con una mano empuñaba la esteva o regía el arado y en la otra tremolaba el Organón aristotélico o una gramática griega o hebrea. ¡Estudiante y labrador! ¡Qué doble perfil para una medalla! Ya machucho, se dirigía montado en un asnillo — doctorado, a lo mejor — y llevando a ratos el burro a cuestras, creo que al Concilio de Lyon. Se encontró en el camino con otro santo chalado de su misma calaña. Estuvieron hablando largo y tendido «de propaganda fide», de la evangelización de la gentilidad, de la corrupción pontificia y la superstición feligresca y de la renovación del género humano con una segunda venida de Cristo. Cuando en fundamental desacuerdo se separaron los dos controversistas, despidieron así: ¡Vale, doctor phantastice!, dijo el uno. *Hiperjaire* o *Cura ut valeas, doctor phantasticissime!*, respondió el otro.

### Maestro Ramón

La coruscante y refulgente personalidad del maestro Ramón tiene otra faceta expectable y otro ángulo desde el cual es interesante mirarlo.

Raimundo Lulio es el primer gran escritor europeo, que redacta obras de universal influjo en lengua romance. Precede en ese particular a Dante Alighieri. En Lulio, en Ausias March y en los trovadores alcanza el catalán una madurez que no tenían a la sazón el castellano y el italiano, ni ninguna lengua en Europa.

De esa precedencia histórica, deduce el catalanismo polémico consecuencias políticas de relativo valor.

Gran catalán de las islas, no por eso dejó Raimundo Lulio de ser un español integral y un ibero de cuerpo entero. El magnífico catalán insular es un caballero andante de cogulla y cordón y un asaltante de molinos de viento en toda la línea.

A muchos catalanes, abjurantes de su hispanidad, les ocurre eso mismo, que son manchegos cien por cien sin enterarse.

La interpretación escultórica más irreprochable de Castilla, conocida hasta hoy, es la de Julio Antonio, tarraconense como el castillo de Pilatos, para servirles.

Y la persecución de las raíces de nuestra genuidad musical y los logros más felices de su rítmica — *Iberia*, *Goyescas*, *Doña Francisquita* — se deben a Albéniz, Granados, Vives y Pedrell.

Conclusión chocante, pero que

no hay quien mueva: lo más español que hay en España, es Cataluña.

### Química político-moral

No menos sabio que Salomón, escribió, como éste, nuestro enciclopedista de Mallorca su libro de los «Mil proverbios». En esta obra se teorizó por primera vez y en forma inimitable y en estilo sávido y sapiente sobre la política del buen vecino. Franklin Delano Roosevelt ha descubierto, por tanto, unas Baleares que hacía mil y pico de años que fueron inventadas. Con un gracejo que al aventurero de Cristo le rezuma de todos los poros del cuerpo y que contrasta con la *asaura* de sus modernos mimetizadores, va atando los cabos de su sistema político-social. «Quien tiene mal vecino, trabajo tiene», dice en una parte. Y si no, ahí están Francia y Bélgica, Holanda y Dinamarca, Checoslovaquia y Servia, para hacerlo bueno. «Que tu perro no muerda al de tu vecino», añade un poco más abajo el maestro Ramón. ¿No parece eso escrito para el ejército alemán, para el japonés, para el italiano y para cuantas jaurías amaestraron los domadores de circo para la agresión; para los Estados carniceros, dedicados a la cría intensiva de guardias y milicos y bandas perturbadoras de fronteras? «Ayúdame de tu buen vecino contra el malo», aconseja, finalmente, el autor de «Blanquerna», anticipándose a la política de alianzas, de la Organización de Naciones y de otros ceratos compuestos o simples, que se pretenden jocosamente recién paridos y acabados de acuñar. En suma, nuestro maravilloso vidente se había ya definido el mundo como un vecindario y prescribía las recetas que le parecían más conducentes para mantener en el patio de la paz.

### Contrastación del sistema

Eso del mundanal vecindaje, aun tan bien redondeado y colocada magistralmente la piedra en el blanco por el hondero balear, tiene algunos pros y no pocos contras. Puede autorizar, por ejemplo, el dicharacho del vulgo, que afirma que la gallina de encima se ensucia en la de debajo, y corruptelas y comodines como el de que el pez grande se come al chico. Vecinos son dos ladrillos en una misma pared, dos baldosas en un mismo enlosado, y la buena armonía entre esos inanimados existente no puede considerarse un ideal para los hombres. En plan de pedir a la filosofía, aunque sea de zapatero de portal, normas para el régimen de nues-



tra actual conducta, no creo que fuera un problema de muchos números suministrarlas más operantes. Sobre todo, para los zahoríos que cuentan los pelos a un gato y que han registrado en nuestros días con la mirada los últimos recovecos en que el privilegio ocultaba las charadas de sus dogmas intangibles. Una fuera actuar de dioses y aprestarnos a rehacer el mundo — tan desquiciado —, o disponernos a que nos recen la recomendación del alma. Y si, a pesar de todo, nos aferramos a las fórmulas sabias, el rabino helenizado Filón, nos ofrece, a falta de aperitivo de más crédito, un principio bastante aceptable del fin de nuestras cuitas, con su *apokatástasis* o restitución de cada cosa a su lugar. Para hacer boca, me atrevo a sugerir que no estaría mal del todo esa reinstalación de desplazados en las sedes de que se les desasentó: del refugiado en el hogar de que se le desahuciara; del soldado en el taller o en el terruño de que arrancó Marte, para convertirlo en asesino; y de los promotores de guerras de toda laya en el cadalso, para hacerles efectivo el inalienable derecho a la horca, que es su única propiedad legítima conocida y reconocida.



# EN TORNO A PIO BAROJA

## «Zalacain el aventurero»

### BAROJA ANTILIRICO

Salvador de Madariaga, no siempre indulgente con el autor vasco, no sólo no lo considera como artista refinado — en realidad no lo fué nunca —, sino, que además opina que se da en él una *carencia total de sentido lírico* (*Opus. cit.*, 179).

Creo que don Salvador, pese a su perspicacia, mil veces probada, se engaña en este punto, pues ya hemos tenido ocasión de ver que Baroja sabe hacer deliciosos madrigales en prosa.

Pero adentrémonos en el asunto. Se puede ser sarcástico, duro, feroz, capaz de hacer sangre, como Quevedo en sus sátiras, y sin indulgencia y amargo como Larra en sus «Artículos de costumbres». Ello, sin embargo, no impide el lirismo; la ternura exquisita. ¿Cabe negar el lirismo subido de nuestro temible Quevedo? Cuando la indignación domina el alma, surge la crítica satírica, pero si el corazón rebosa de sentimientos generosos, las dotes líricas pueden tocar las estrellas. No en balde son múltiples las facetas del complicado espíritu humano.

Si el ejemplo de Quevedo no bastara, fuerza nos sería acercarnos al sublime Góngora, inmisericorde y acerado en sus diatribas contra Lope y cuantos le atacaban, y lírico en extremo cuando *el dulce y silencioso pensamiento*, que decía Shakespeare, se enseñoorea de su sér etéreo o escribe letrillas, de pura vena popular y de hondo lirismo.

No, Baroja no es antilírico, como vamos a ver. No obstante, Madariaga, que le niega todo lirismo, nos dice en otro lugar: «...sería erróneo deducir que le falta sensibilidad. Lejos de ser hombre insensible, Baroja es más bien un sentimental vergonzante, que se niega a dar salida a sus sentimientos, en parte por orgullo, en parte por timidez, en parte por miedo al ridículo» (*Ibidem*, 172).

Este juicio coincide con la idea posterior del señor Sarrailh, rector de la Universidad de París, que dice: «S'il faut toujours se défier de l'ironiste qui joue à l'homme fort, et n'est en réalité qu'un timide» («Prosateurs espagnols contemporains», Delagrave, París, pág. 136).

Si Baroja es sensible, como Madariaga y el señor Sarrailh lo afirman, ¿cómo puede negársele sentimiento lírico? Todo sér sensible, sin esfuerzo alguno, llega al lirismo. Esto sucede con el autor vasco cuando describe escenas de su tierra natal. El relato de Mari-Becha, en «Sinfonías vascas» (*Austral*, 21) prueba cumplidamente que Baroja es capaz de hondo lirismo.

¿Ha habido algún autor moder-



no más duro y acerbo en sus dichos que Unamuno? Sin embargo, nadie le niega el título de altísimo poeta lírico. Aunque no hubiera escrito en verso más que «El Cristo de Velázquez», la fama le habría concedido sin dificultad alguna el calificativo de excelente poeta lírico.

Baroja, inútil es decirlo, no busca el renombre de poeta lírico. Si hizo versos, tal vez fué por distracción personal y no por pensar eclipsar la gloria de nadie ni entrar en el Parnaso como poeta. Le tienen tan sin cuidado los títulos y los calificativos como la fama. Esto no quiere decir que no la busque y que no se complazca en ella. Su orgullo es innato, tanto como su lealtad. El realismo que respira su obra es siempre protesta contra la sociedad constituida, donde la miseria domina, porque los potentados del mundo no se dignan abandonar sus activas peanas.

Mira al mundo con indiferencia aparente, pero, en el fondo, como dicho queda, es profundamente sentimental. No es hombre universal, como el señor Madariaga, cuya erudición admiro, pero tengo para mí que es más español que él, ya que nuestro ilustre crítico, educado en Francia, no es ya un espíritu hispano, sino europeo, algo internacional, que viene a ser el polo opuesto del autor vasco, vasco ante todo y, por eso mismo, esencialmente español, sin ribetes de universalidad.

Alguien dijo en Roma: *satira tota nostra est*, es decir, *la sátira nos pertenece por entero*. Nosotros podemos afirmar, sin temor de mentir, que Baroja es nuestro desde los pies hasta la cabeza. Es fruto enteramente hispánico, con sus defectos múltiples y con sus innatas virtudes, dignas de alta estima.

Baroja no fué poeta en verso, como hubiera dicho Juan Ramón, pese a su libro «Canciones del suburbio» (1940), donde hay algunas estrofas de cierto mérito:

Ya nada me preocupa:  
ni el dinero ni la fama,  
ni los honores y burlas,  
ni los elogios o sátiras,  
y sólo aspiro a dar fin  
con decencia a la jornada  
y disolverme en el éter  
o en la búdica nirvana.

Baroja, lo digo sin cortapisas, sabe ser poeta en prosa, al modo de Juan Ramón, en su «Platero y yo». He aquí un ejemplo aislado, que nos lo prueba cumplidamente: «Estoy alegre, satisfechísimo de encontrarme aquí. Desde mi balcón ya no veo la desnudez de Marisparza. Enfrente, brillan al sol campos de verdura; las amapolas rojas salpican con manchas sangrientas los extensos bancales de trigo, que se extienden, se dilatan como lagos verdes con su oleaje de ondulaciones. Por la tierra, inundada de luz, veo pasar la rápida sombra de las golondrinas y la más lenta de las palomas que cruzan el aire» (*Camino de perfección*, 295).

Se trata de descripción de paisaje, pero el conjunto está saturado de honda y exquisita poesía. No son paisajes del alma, como los que Unamuno nos muestra, sino retratos fieles del paisaje natural copiados con fidelidad absoluta. Baroja pone en todo ello su sello natural, no hurano, sinc sentimental y lírico.

Basta leer el «Elogio sentimental del acordeón» («*Paradox, rey*», *Austral*, 53) y «Elogio de los viejos caballos del tióvivo» (*Ibidem*, 183), para convencerse de que el lirismo es desbordante en Baroja. A estas breves citas, que podrían prolongarse hasta el infinito, se pueden añadir otras, no menos líricas de «Elizabide el vagabundo» (*Austral*, págs. 13, 21, 34, 59, 143, 146).

En suma, el elemento lírico es flor que se abre lozana y rozagante en las novelas barojianas.

### IDEAS SOCIALES POLITICAS

No nos detendremos mucho espacio en este punto, pues sólo

nos guía el deso de vulgarizar, no de hacer un estudio extenso, completo, de las ideas sociales y políticas del autor vasco, con frecuencia contradictorias y chocantes.

Dice él: «Yo he sido siempre un liberal radical, individualista y anarquista. Primero enemigo de la Iglesia, después del Estado; mientras estos dos grandes poderes estén en lucha, partidario del Estado contra la Iglesia; el día que el Estado prepondere, enemigo del Estado» («Juventud», etcétera, 141).

En otro lugar escribe: «Antes, cuando me creía hombre humilde y errante, estaba convencido de que era un dionisiaco. Me sentía impulsado a la turbulencia, al drama. Naturalmente, era anarquista. ¿Ahora lo soy? Creo que también» (*Ibidem*, 16).

Baroja se cree anarquista, pero ya hemos observado que ese anarquismo de juventud, no tiene nada de activo, sino que se trata de quimera intelectual, de sueños de joven, que vive en su imaginación de lo que nunca fué capaz de realizar en la realidad.

Baroja se levanta contra todo lo establecido, es demoleedor verbal. No quiere Universidades, ni Institutos, ni Academias, ni Escuelas Especiales, cuyos rectores, decanos y directores, así como los maestros, son una lamentable cuadrilla de calabacines, desprovistos de toda idea íntima espiritual.

Fuerza nos es sonreír ante tales exclamaciones, pues nos viene al pensamiento que Baroja fué universitario y que un buen día aceptó un puesto en la Real Academia Española. Cabría preguntarse: ¿Por qué quiso don Pio convertirse en un calabacín más tirando por la ventana sus radicalismos y anarquismos?

Los socialistas le dan náuseas. Por eso escribe: «Con los socialistas nunca he querido nada. Una de las cosas que me han repugnado en ellos, más que su pedantería, más que su charlatanismo, más que su hipocresía, es el instinto inquisitorial de averiguar las vidas ajenas. El que Pablo Iglesias viaje en primera o en tercera clase, ha sido uno de los motivos más serios de discusión entre los socialistas y sus enemigos» («Juventud», 147).

En otro apartado nos dice: «Mi tío es especialista en vulgaridades democráticas. Mi tío es republicano. Yo no sé si hay alguna cosa más estúpida que ser republicano; creo que no la hay, a no ser el ser socialista y demócrata» («Camino de perfección», 304).

El nihilista Baroja destruye sin cesar, pero no da nunca razones serias que justifiquen su tesis. No basta decir que una cosa es o no es, según el gusto y capricho del



# EUGEN RELGIS

por F. Ferrándiz Alborz

**¿**QUE restará de la literatura contemporánea cuando el crisol del tiempo filtre y depure el valor de las obras? Hay una literatura comprometida, centrada en las contradicciones económicas, sociales, políticas y morales del hombre de hoy, pero hay otra, la mayor en cantidad, también comprometida, que permanece al margen de la tragedia como indiferente al destino del hombre. Por otra parte, ¿cuál es ese destino? Porque podría darse el caso de que el hombre fuera como un animal más sin misión ni destino histórico, pero si no lo es, si el hombre es un ser histórico, indudablemente, su destino, tanto como su misión, es la de realizarse, dar verbo a cuanto en él late de posibilidad de germinación espiritual.

Hay una realización fatal, biológica, que el hombre cumple o muere para la especie, pero hay otra realización superior, cultural que si el hombre no cumple muere para la historia. Esta se llena fundamentalmente en función de espíritu; letra, forma o ritmo, y perdura su realización en la medida en que el espíritu del hombre es fiel al imperativo vital de su tiempo. Hasta la fecha, obras fundamentales son aquellas que aportan valoración histórica del hombre. Como el hombre es un ser histórico, literatura valdedera

será aquella que permite valorar lo que hizo el hombre y cómo lo hizo. El ser y el hacer se conjugan en toda obra de arte normativa por la interpretación literaria. Y en literatura, género importante es el ensayo, como expresión de nuestro tiempo. El ensayo es el estilo literario que incita a los hombres al hacer y al ser, al hacer como literatura, al ser como filosofía.

Nuestra vida se halla condicionada por una serie de constantes espirituales: dignidad, libertad, cultura, acción, convivencia, de-

rechos, deberes, etc. Sobre lo que ellas son y representan para el hombre, he ahí el tema de los ensayos. Estos van sustituyendo a la filosofía en la difícil tarea de descubrir y valorar al hombre y su conducta, y al mundo en el que el hombre ha de desarrollar esas constantes. Pero el ensayo suple a la filosofía en la medida en que él es filosofía. Por eso nos satisfacen más aquellos ensayistas como Blas Pascal, Miguel de Unamuno y Bertrand Russell, cuya tendencia es la historia del hombre y «su circunstancia».

Por esa misma circunstancia de proporciones humanas, preferimos los ensayos humanistas de Romain Rolland y Eugén Relgis a los de los esteticistas como Paul Valéry y T. S. Eliot. Cuestión de modo de situarse ante la cultura. El hombre es el problema de la historia y de la cultura, sujeto y objeto a la vez de ambas, aunque por insuficiencia o pretendida suficiencia, el hombre se evada de la historia y de la cultura. Eugén Relgis no es de los que se evaden, todo lo contrario, se sitúa en el centro de las contiendas culturales e históricas para decir su mensaje a los hombres, después de auscultar el cuerpo físico y moral de nuestra época. Su preocupación es el hombre y el escenario de su tragedia, que, como toda tragedia, cuestión de «ser o no ser», la de hoy no puede ser más trágica: peligro de guerra con lo que la guerra significa bajo el signo de las armas nucleares; crisis de la libertad, falseamiento de la democracia, crisis de los valores morales, incertidumbre económica en un mundo que desarrolla al máximo las posibilidades humanas y mecánicas de explotación, y un clima de miedo que envuelve a todos, altos y bajos, que anula la capacidad de protesta o agudiza el terror para ahogar las protestas.

Esta incapacidad de protesta de unos y el terrorismo hijo del miedo de los otros, determina la psicosis de sumisión de altos y bajos a los despotismos, y el antagonismo ya no se ventila entre despotismo y libertad sino entre un despotismo u otro, entre el nazifascismo de los altos y el comunismo de los bajos. Y la historia, que es la realización de la libertad, se han convertido en tarea realizadora de la tiranía. ¿Es esa la misión que el hombre hereda al nacer para realizarse? Una realización masiva de pueblos, naciones, continentes. Y en apoyo de esos despotismos, las artes se han embrutecido con una actitud comprometida de odio al hombre. Pintura, música, poesía, escultura, literatura, se desintegran en imágenes deformes, signo de incapacidad creadora, o se dirigen a decapitar al hombre como espíritu li-

## En torno a Pío Baroja

escritor, hay que probar, si se quiere convencer. La destrucción debe ir seguida de argumento eficaz y constructivo o, si se quiere, creador.

Pienso que el mal humor lleva, a veces, a nuestro autor más lejos de lo que él mismo hubiera deseado. Así, sin pararse en barras, nos dice en otra obra suya: «Marcharíamos directamente sin ambages, a la supresión de las instituciones democráticas, como las Cortes, el jurado y las demás, que no tienen más base que la ley de las mayorías y el número aplastante que representa la fuerza de un rebaño de bárbaros.»

«Experimentalmente veríamos que la masa es siempre lo infame, lo cobarde, lo bajo; que un público que también representa la masa, es siempre imbécil y que en una Cámara o en un Congreso, los sentimientos falsos sustituyen a los sinceros, que las almas viles y rastreras se sobreponen a las altas y nobles.»

«Si el país necesita entenebrecer su vida, obscurezcámosla. Si necesita un buen tirano, busquémosle» («Tablado de Arlequín», pág. 75).

Baroja, digámoslo francamente, no es *demócrata*, pero tampoco es *ácrata*. ¿Cómo compaginar el gobierno de un *buen tirano* — no sé si hay algún tirano bueno — con el *individualismo anarquista* de que nos habla tantas veces?

Sabemos que Sánchez Guerra quiso convertirlo en diputado conservador, y que no aceptó la proposición. Por otro lado, fué amigo de Lerroux, de triste memoria, y lo dejó «por una cuestión ideológica y de táctica», que él mismo nos explica: «Lerroux quería hacer de su partido un partido de orden, capacitado para gobernar, amigo del ejército. Yo creía que debía ser un partido revolucionario, no para levantar barricadas, sino para fiscalizar, para intranquilizar, para protestar de las injusticias. Lerroux quería un partido de oradores para hablar en reuniones públicas, un partido de concejales, diputados provinciales, etc., yo creía y creo, que la única arma eficaz revolucionaria es el papel impreso. Lerroux quería aristocratizar y castellanizar al partido radical; yo pensaba que había que dejarle su carácter catalán, de blusa y alpargata.»

«Por esto, y por la frialdad de Lerroux ante el fusilamiento del fogonero del «Numancia», me retiré de su partido» («Juventud», pág. 146).

Estimo que Baroja, en el fondo, no tiene convicciones políticas sentidas. Se trata más bien de *simpatías* y *antipatías*, sin que un ideal, ardientemente defendido, se haya impuesto a su espíritu un tanto mudable. El autor vasco hubiera podido fundar el partido ba-

rojiano del que habría sido único y exclusivo miembro. Tanto Baroja como su paisano Unamuno, hombres de recia personalidad, no pueden sujetarse a las normas de partidos ni de sindicatos. O «César o nada», tal es su divisa. En Baroja se explica, pues, la sentencia siguiente: «No debemos nunca sacrificar nuestra personalidad a nada ni a nadie; y si la necesidad nos obliga al sacrificio, hagámoslo con reservas mentales, esperando el día del desquite» («Tablado de Arlequín», pág. 60).

Tales ideas explican tal vez, su actitud durante nuestra tragedia civil, donde no fué actor, ni siquiera espectador, sino simple indiferente huido a tierra extraña. Menos mal que su muerte, ornada de dignidad, vino a reconciliarle una vez más con las ideas que defendió durante su larga existencia.



# EUGEN RELGIS

bre. Los colores, los ritmos y las imágenes se han deformado en busca de una expresión de absurdos al perder su condición humana.

Los hombres se integran en las masas porque tienen miedo a la soledad, tienen miedo a ser minoría, a expresar opiniones de minoría, aunque la expresión minoritaria, inclusive la de una sola persona, sea capaz de abrir nuevos rumbos a la humanidad. Y el hombre, furor pánico de soledades, se revuelve furioso como tropel rebañero que cierra los ojos para peor herir al prójimo, o para peor morir sin ver al auténtico enemigo. Por miedo a la soledad, los hombres caen en el rebañismo. No quieren ser lo que ellos, solo ellos, son, sino lo que su infrahumana personalidad les impulsa a ser; una parte gregaria de la despersonalizada colectividad, despersonalización que sólo actúa por reflejos instintivos. Ese espíritu gregario, obsecuente con las más arbitrarias consignas, crea en los pueblos un clima inquisitorial, delator, abyecto cobarde, sometido, que reduce al hombre a una mera expresión zoológica, de falsas posiciones nacionales y clasistas. Todo es turbio ahora, política y socialmente. Hace medio siglo se comprendía a ciencia cierta a qué obedecían las huelgas, las revoluciones y las guerras. Hoy todo es turbio, las huelgas, las revoluciones y las guerras se producen prefabricadas, y pocos son los que conocen las verdaderas causas y los fines de las mismas. Todo porque se ha esfumado la realización del hombre si es que alguna vez pudo realizarse. Todo porque el hombre, cada uno de los hombres, se evade de sí mismo y deja el cumplimiento de sus fines humanos a una dirección de propósitos antihumanos.

Eugen Relgis no es de los que se evaden de su misión. No tiene miedo a la soledad ni se siente disminuido por ser uno de los grandes solitarios del pensamiento contemporáneo. Hubiera podido quedar en Rumania y prosperar allí aduldando a los capostotes de la degradación espiritual, los del totalitarismo comunista. Al escapar de Rumania, por espíritu de revancha, hubiera podido afiliarse al calor mayoritario de los adoradores del becerro de oro, el capitalismo de fisonomía nazi-fascista, pero prefirió la libertad, se exiló y llegó al Uruguay. No es que aquí la libertad sea entidad perfecta, pero lo bueno de la libertad del hombre no es su perfección sino su perfectibilidad. Aquí también la libertad se maneja como lugar común, de unos contra otros, baladroneo retórico, pero aquí, cuando menos, el hombre dice su verdad, afina sus aristas críticas, discrimina pro y contra de amigos y contrarios, y alcanza algo de esa luz última, la que se desprende de la verdad de todos.

Esa luz minoritaria de Eugen Relgis tiende a iluminar el camino del hombre sobre la tierra, camino que desemboca en los ideales eternos: paz, libertad, justicia entre los hombres, oponiéndose a los tres grandes flagelos de nuestro tiempo: la guerra, la tiranía y la explotación. Su infatigable labor creadora ha dado ya, en español, una serie de obras que nos lo presentan como un espíritu superior preocupado de móviles superiores. He aquí algunos títulos: «El Humanitarismo», «Individualismo, Estética y Humanitarismo», «Humanitarismo y Socialismo», «Perspectivas culturales en Sudamérica», «El hombre libre frente a la barbarie totalitaria», «La Internacional Pacifista», «Entre la guerra y la paz», etc., y el que ahora incluimos en nuestra colección titulado: «La literatura, el arte y la guerra». Esa es parte de su trascendente labor literaria en nuestro medio, pro paz y entendimiento entre los hombres. Comprensible, fué, pues, que el pueblo uruguayo, laborioso y pacifista, lo elevase a la candidatura para el Premio Nobel de la Paz.

Otro aspecto fundamental del pensamiento de Eugen Relgis, es cuando somete a diálogo a los espíritus rectores de la inquietud emancipadora de nuestra época, como en los casos de Romain Rolland, Stefan Zweig, Einstein, Georg Fr. Nicolay, Han Ryner, Max Nettlau, Karl Kautsky, Andre Gide y otros. Porque una cosa es el razonamiento discursivo del pensador solitario y otra, muchas veces muy diferente, el razonamiento que se desprende del diálogo, del choque de otros pensamientos. Y Eugen Relgis parece decir a todos, sabios e ignorantes: su discurso está bien, pero dígame, ¿qué debe hacer usted y qué debemos hacer todos cuando se trata de defender la dignidad del hombre, de todos los hombres, dentro y más allá de las fronteras? ¿Qué debe hacer usted y qué debemos hacer todos cuando se quiere arrebatar al hombre, de cualquier país, el derecho a seguir viviendo como hombre? ¿Hay entidades superiores a la del mismo hombre? ¿No cree usted que lo que está en peligro, con la esclavitud mecanicista de nuestro tiempo, no son tanto las patrias y las civilizaciones sino el hombre en primer lugar, sin el cual no hay patria ni civilización? Y, claro está, estas son preguntas indiscretas. Las personas convencionalmente educadas no las hacen, porque cualquier contestación nos compromete, y de lo que se trata es de no comprometerse cuando de la libertad y la dignidad del hombre se trata. Relgis, fiel a su pensamiento y a la moral que de él se desprende, se compromete, está comprometido.

Eugen Relgis es uno de esos espíritus que — desde Sócrates a

nuestros días — se hacen antipáticos al común de las gentes. Es comprensible que así sea. La gente sigue la ley del menor esfuerzo, cuyo instrumento es la pereza mental y cuyo fin es la conformidad con el vulgar acontecer del mundo. Relgis es un dinámico mental y un disconforme con el mundo tal como está organizado. Y dice al hombre: realízate para realizar al mundo, en tu alma vive la luz que en ti sólo puede alumbrar para los demás. Que se logre tu mensaje para los demás hombres, mas, para que este milagro se cumpla es preciso que el hombre viva con espíritu alerta ante el mundo y ante sí mismo. Muchas veces contra el mundo y contra sí mismo, es decir, viviendo un nuevo sentido al grito nietzschiano de vivir en peligro. Y ¿dónde está el hombre que se comprometa a este peligro de vida? De ahí la antipatía de tal magisterio. Descubre las flaquezas del prójimo. El hombre medio es un comodón acobardado que teme a las palabras explosivas, las que se pronuncian o escriben para exaltar la condición humana del hombre y su misión de fraternidad.

El pensamiento de Eugen Relgis gira en torno a los valores esenciales del hombre. Su ideal es una metafísica de aquende el hombre, no de lo que está más allá del hombre, sino de lo que vibra en su intimidad vital, cosas por sí mismas tan lejos de nuestra aprehensión como lo están las más lejanas galaxias de nuestros lentes astronómicos. Recordamos a Henri Barbusse en el paralelismo de lo inmensamente grande e infinitamente pequeño que hace en su novela «El Infierno». Equivalente distancia hay entre la verdad convencional de los conceptos y la de nuestra razón vital. Y hacia esa razón se encamina Relgis, cuando dice en uno de sus más bellos ensayos, el titulado «La Columna entre ruinas»:

«En los grandes y decisivos momentos de nuestra evolución, personal o social, no seguimos ya a los otros imperativos, morales, que murmuran en nosotros, en nuestros silencios activos y fecundos. En los recodos donde nos esperan la decadencia — las bestias insaciables de la guerra — nos asaltan los mandamientos extraños, los monstruos de la Abstracción, de nuestro pensar desnaturalizado. Los seudosabios suministran solemnemente los principios, los conceptos, las palabras mágicas mediante las cuales los amos temporarios, sedientos de riquezas y gloria, imponen a las muchedumbres creencias y necesidades artificiales, fantásticamente exageradas y formuladas en «leyes» políticas, económicas, nacionales, racistas, estatales... El hombre sin su natural hombría de bien, sin la sana intuición de la verdad, sin el latido espontáneo del cora-

zón libre; el hombre concepto, el hombre que parece plasmado en laboratorios de hechiceros satánicos manda, no obstante, al hombre real, al individuo sencillo y vigoroso en su genuina pureza. La idea destilada en el alambique de la «lógica», expurgada de toda esencia terrenal y humana; la idea legislada por privilegiados y usurpadores llega a ser una nueva fatalidad y nos arrastra de una caída a otra más profunda.»

Y luego:

«Siempre olvidamos que la salvación se halla aquende y no allende de las apariencias, en los trasfondos de nuestro espíritu que espera nuestras miradas germinativas, vueltas hacia adentro, en nosotros mismos. Olvidamos, tan fácilmente olvidamos, quizá por pereza de pensar, quizá por atavismo o por desesperanza... Y, sin embargo, repetámonos esta primera verdad: las raíces de la realidad substancial, viable, brotan en nosotros — en nuestros semejantes, nuestros hermanos — y sólo por nosotros mismos podemos mejorarnos. La única ciencia es la que ayuda que el hombre — el individuo — sea dueño de su persona, es decir, de su propia humanidad esclarecida y libre».

Y el título de este bello libro de Eugen Relgis nos lleva a su implícito simbolismo. El hombre continúa siendo una columna. A su alrededor todo son ruinas, pero él aparece vertical en un desierto de piedras mutiladas. Cierto es que de su base y cúspide le han arrebatado los bárbaros de todos los tiempos los signos de su paso por la historia, su estilo, pero queda él en pie, capaz de crear aún nuevos estilos, de decir nuevas palabras y expresar nuevas formas y nuevos ritmos. Sólo esclavitud y columnas mutiladas saben crear los amos de una civilización esclavista. Y el hombre no ha tomado posesión de la tierra para eso sino para totalizarse realizando un mundo de nuevos valores de convivencia humana y no de hostilidad. La Columna de Eugen Relgis permanece de pie sobre su fundamental base de estilo, la tierra, y en ella espera la confianza y ayuda de los demás hombres para que el paso del hombre sobre la tierra sea contenido de libertad y vida y no de esclavitud y muerte.

Recogemos para nuestra biblioteca el opúsculo de Eugen Relgis, «La literatura, el arte y la guerra», por considerarlo de gran actualidad como contrapunto a la guerra fría de nuestro tiempo y porque responde a un estado de conciencia, señalando el camino a los hombres y a los artistas fieles a un auténtico mensaje de liberación humana.

El artista también ha de saber decir sí o no a los grandes interrogantes de la vida. Eugen Relgis pone ante nuestra conciencia grandes interrogantes y grandes respuestas para que los hombres se decidan, al fin, por el mundo que él define en estos tres términos: «Paz nueva, luz nueva, vida nueva...»

# ARTE Y ARTE DE AMAR

**E**STE año, que ha visto al Parlamento tratando de establecer qué libros deben estarles permitido leer a los ingleses adultos, nos ha traído el primer libro ilustrado y libremente obtenible, de las esculturas eróticas de Khajuraho y Konarak. La rara inadvertencia que dejó el latín y el griego en nuestro plan de estudios ha hecho que ninguna de las precauciones tomadas ha podido nunca apartarnos por completo de la literatura que solemnizaba abiertamente la experiencia física de la sexualidad. Ha sido más fácil tenernos en la ignorancia de la principal tradición artística que la aprueba visualmente, dándole el lugar ocupado en nuestra iconografía por la solemnización del dolor.

El templo de las revelaciones de Konarak y Khajuraho no ha contribuido a nuestro gusto sólo al mito erótico-exótico a través de alusiones de depravación misionera y visitas de grupos de oficiales mientras sus mujeres miraban a los prestidigitadores o compraban recuerdos. Si algo de ellas nos desconcierta ahora, esto debería ser nuestra conducta pasada mitigada por la parte apreciable jugada por otros ingleses en preservar las obras mismas de la apatía india y el fanatismo victoriano.

Este es un arte para el cual no tenemos igual. Presenta la cuestión sobre el uso y el lugar de la respuesta humana a las representaciones sexuales en arte para el cual nosotros no tenemos una réplica crítica, pero se hallan próximas a encontrar alguna. No es de gran importancia si la selección de Mulk-Baj Anand representa lo mejor de la escultura hindú en su conjunto (no la representa, pero eso puede verse en otro lugar) o si representa la mejor parte de esa tradición que nuestros prejuicios separan como «erótica», la descripción realista del intercambio sexual: un chino del Imperio habría establecido separadas categorías para cuadros europeos de mujeres descalzas. Su apariencia representa una novedad aunque debe, aún, hacer el gesto obligatorio de ser, a siete guineas, demasiado caro para que la «gente ordinaria» pueda comprarlo.

La «gente ordinaria» que compra libros de arte por placer, de hecho sacará mucho más del «Arte de India» de Phaidon, más amplio, pero más reticente. Los gestos de las figuras hindúes son símbolos para recordarnos lo que conocemos, pero que vemos. El gesto de valor es de esta naturaleza. El nos recuerda que otra «gente ordinaria», que intencionalmente nunca mira al arte hindú ni a ninguna otra clase de arte, se jifaría en éste a causa de

(Una colaboración de Alex Comfort)

su argumento, «por razones falsas», y sus superiores aseguran que ellos no hacen tal al hacerlos demasiado caros para ellos. Retengo este precedente.

La marca registrada de nuestra tradición es la desestimación y exclusión del arte, no de la sexualidad, sino del placer sexual. Nosotros nos hemos acomodado a este requisito produciendo arte anti-erótico, el cual solemniza no el placer sino el dolor y la agresión, y el arte suberótico, como la mayoría de las diversiones modernas, las cuales excluyen las realizaciones físicas. La solemnización de esto, de cualquier forma, tiene una estética extremadamente baja, así como una baja moral y prestigio, y el hacer alusión a ello en arte es despreciado, como si fuera contrajando o bellaquería. Para Roger Fry los grupos *maithuna*, los amantes estéticos que son un signo corriente en la iconografía hindú, lo mismo que el Dios Moribundo de las religiones del Cercano Oriente, presentan un interés desatinado. La impresión de tales grupos en los europeos es ciertamente un accidente cultural (el objetivo del artista no era producir un choque), pero no es más desatinado que el choque que muchos asiáticos reciben en su primer encuentro con los sádicos temas de la iconografía cristiana. Estos, para nosotros, tienen poco que nos sorprenda, y ahora nos son meramente decorativos; pero ello es porque nuestra posición fue creada por la tradición y en muchos aspectos la fantasía los refleja. Cualquier impresión del arte hindú sobre nosotros es esencial a su fin, el cual es idealizar algo que rechazamos, para solemnizar la sexualidad como nosotros solemnizamos la muerte o la esterili-

dad. No tenemos derecho para eludir este fin, y menos aún hacerlo desaparecer como figurativo, a fin de que podamos tratar la tradición en nuestros propios términos críticos. En realidad los asiáticos hallan casi la misma dificultad con el arte en el cual la madre y el niño son símbolos convencionales, pues el ascetismo y la autoinmolación no son para ellos nuevos temas religiosos. Mientras el gusto europeo he desterrado la celebración de la sexualidad genital por completo, el arte, cual el de Khajuraho, lo enfrenta con el problema de hacer crecer un miembro autoamputado.

Pero el desequilibrio de nuestro arte es realmente artificial y la impresión creada por nuestras bibliotecas y museos es falsa. La pintura y la literatura que solemnizan el gozo sexual, como Stubbs solemniza los caballos o Surtees la caza, no se hallan ausentes de nuestra experiencia porque los artistas no aciertan a producirlas o porque no lo queremos, sino porque ellas han sido prohibidas, disfrazadas o destruidas por una minoría activa, resuelta a que no las obtengamos. Esta borradura de un segmento completo del arte, de la literatura e incluso del discurso de cada día, contra la voluntad y el real «mores» de toda la cultura, es un fenómeno mucho más raro de lo que hubiera sido su ausencia.

El arte erótico realmente no es más extraño a nuestra cultura que la sexualidad lo es a nosotros mismos; aunque en ambos hemos sido coartados. Ahora empezamos a rechazar este entorpecimiento y al mismo tiempo a desarrollar un conocimiento de ello; el contacto con literaturas previamente pro-

hibidas y con obras como estos frisos de Konarak, es parte solamente de la brecha gradual de la pantalla levantada por los arbitristas contra las culturas en las que ellos no pueden entrometerse.

Aunque pueda parecer sin tacto al decirlo, el arte que desarrolla el tema de la satisfacción sexual, pensada, anticipada o imaginada, es el solo arte temático por el que, si se hallara disponible, debería haber una demanda consistente y general en nuestra sociedad presente, bastante amplia para realizar lo inimaginable y llevar a los artistas a tomar contacto con el público en general. A pesar de los reflejos de Roebuck («No ansío nada...»), éste es un pensamiento de peso. Después de todo la gente ha sido forzada a aceptar el arte por la justa razón, recientemente y sólo los inteligentes han sido capaces de ello: la mayor parte de su historia previa ha sido usada en los iconos, retratos de los Borgias, de las carreras de caballos o saleros decorativos, todo deseado por razones falsas. Como un caso real, la historia natural de la satisfacción sexual está apareciendo ya como un tópico en la literatura inglesa; estamos empezando a observar y a usar esta parte de la experiencia diaria por largo tiempo prohibida, como Lawrence pudo, con tirantez. Como continuar adelante es nuestro problema, el arte hindú y otras tradiciones tales, está arraigado profundamente en su contenido cultural para proveer modelos, y nadie sugiere, que nosotros podemos imitarlo o deseáramos hacerlo. Pero nosotros podríamos mirarlo con provecho para buscar las funciones de tal arte, ya que incluso el Parlamento parece hallarse al borde de aceptar que aquél tiene sus funciones.

El arte de Khajuraho y Konarak es didáctico. Lo ambulante de un *pueblito* hindú es, según comprendo, una exposición espiritual, propiciada por una cultura que no separa lo religioso de lo secular o simbólico de los actos comunes. Haciendo el circuito de ello, las esculturas nos pasan en serie sobre «rathas» (carrozas) arregladas como pantallas de una exposición. Lo que es presentado en una experiencia, parte edificante, parte práctico, parte simbólico, él nos presenta aspectos del sentido del alivio que es el ideal hindú mientras nosotros experimentamos una forma de relajación en la contemplación del arte. Otra forma de relajación es la experiencia del éxtasis sexual. Los amantes solemnizan y demuestran los medios suyos; al mismo tiempo, a causa del poder de la imaginación sexual para excitar la respuesta física, ellos ponen en marcha nuestra búsqueda, para ser llevada a casa, como una ex-



# Arte y arte de amar

posición de flores estimula nuestro deseo de tener un jardín.

Ambos lugares del templo fueron aparentemente los asientos del culto que nace uso especial de esta forma de éxtasis como una costumbre religiosa. Hasta aquí no cabe duda que la intención de la escultura es literal así como simbólica. Recelo que las excursiones en los símbolos religiosos nuevos están más llamadas a hacer que el crítico europeo pierda el objetivo más bien que descubrirlo. El será alentado por esos indios modernos que son defensora de su tradición, a través de la infección con nuestra melindrería (y contra quienes apunta en gran parte el libro de Anand) para explicar la invitación sexual en términos trascendentales. El Surasundaris, las mujeres rubias de los dioses, son mensajeros simbólicos que nos muestran el atributo de la madre diosa y nos invita a ella. Pero ésta es una propiedad de una mujer muy desnuda, incluso en una tradición de arte la cual ha insistido en que nosotros mutilamos o falsificamos su anatomía. Las manos de los amantes están desarrolladas en posturas simbólicas para recordarnos los atributos de los dioses y del mundo, pero sus cuerpos nos recuerdan a nuestras esposas y amantes. Ellos incitan, aprueban e instruyen.

Esto, yo sugiero, es lo que haría el arte erótico en nuestra propia cultura si gente perturbada no lo prohibiera. La aceptación de las representaciones literarias y artísticas de la actividad sexual está solamente confinada al «corrompido», o sus primos modernos los «inmaduros», si es que el ser humano está generalmente corrompido o inmaduro. Gran número de gente lo quieren (si no lo quisieran, tal energía no tendría que ser empleada en prohibirlo) por razones tan honorables como aquéllas que producen una literatura de salón de baile, o que hacen leer a los cazadores las novelas de Surtes, con, por otra parte, un poder para producir directamente excitación psico-física. Este es el factor que los prohibicionistas hacen remarcar más, porque ellos se hallan perturbados por su propia respuesta hacia ello; ellos lo presentan como socialmente peligroso y artísticamente sin valor para estimular la respuesta sexual, prefiriendo el arte para explotar los otros únicos temas que dan igualmente una fuerte reacción física, es decir, vidente. El amor es corruptor, vergonzoso, peligroso, la violencia es saludable y catártica.

La incitación es inherente al arte que «solemniza» los placeres humanos, y un objetivo artístico completamente apreciable. Y el arte erótico corrientemente trata del detalle físico de la conducta en el apareamiento, el cual no tiene importancia moral, no siendo

así su armadura social, que la tiene. Pero aunque la gente busca el arte sexual para hilar excitación, en nuestra sociedad la buscan igualmente por saber y para reafirmar su confianza.

El ingiesismo ha hecho que esta información sea dura de obtener sin que el individuo tenga que reducir por la misma, interés. Ella también le priva de la oportunidad de comparar sus costumbres sexuales y prácticas con las de los demás. Parte de la popularidad de la literatura sexual hoy se apoya en la convicción bien esparcida de que su conocimiento se ha tenido alejado de nosotros, el cual habría dado margen para mayor pericia y placer en nuestra experiencia. Parte se apoya en nuestra curiosidad, en el deseo de hacer comparaciones, y de ser liberado por la consecuente confianza de las reservas y frigideces que ligan la remisión y la ansiedad.

Este es el sentido en que el arte erótico de Sakta es didáctico, incluso aparte de la parte especial que juegan los símbolos de la generación y principios sexuales en la creencia hindúe. La tradición hindúe ha realizado las series de las réplicas humanas relacionadas con el demorfismo sexual, el miedo a la castración, en términos de Freud, como una fuente de energías y de arte. La construcción de amuletos contra este miedo es uno de los usos más antiguos de las figuras esculturales. Esto es también nuestra fuente de energía, y domina nuestro arte y religión, pero en el sentido inverso. La ideología del miedo — nuestro — y la ansiedad que éste produce. Licencia y excitación para llevar una similar libertad a la vida sexual diaria, son partes de las precauciones que ellos deben tomar para preservar ese arreglo contra el miedo del individuo, como la censura y el mantenimiento de la ansiedad sexual privada son nuestras precauciones para preservar nuestro ajuste mental occidental contra los deseos del individuo.

Las esculturas del templo pertenecen a una civilización de un muerto siglo diez. Sus imágenes literarias, los poemas sánscritos sobre técnica sexual como una realización secular, comedia, parece haber continuado influyendo hasta mediados del siglo dieciséis y en traducciones vernaculares hasta los días presentes. Estos tienen la misma relación con el rito «maithuna» que el «yogic» gimnástico con la costumbre de los sabios meditativos. Contrariamente a los manuales eróticos árabes y chinos, ellos parecen deberle muy poco a la experiencia personal, y mucho a una tremenda manía veda por dilucidar. Ambas contienen mucho material fósil; la misma declaración sobre las preferencias regionales, por

ejemplo, la cual se ha ido repitiendo durante más de dos milenios; pero ellas han estado y están en uso constante como manuales. La materia es única de la India; la tipología del hombre y la mujer, calendarios astrológicos para cortejar a la mujer de acuerdo con su construcción, posturas varias para el coito — el «Dinalapanka Sukasapta» da cincuenta y tres en detalles y muchas más sólo de nombre: ello es raro incidente que la necesidad escultural para describir el «maithuna», la posición de los amantes aparecen tener «su fuente de nutrición» en la práctica secular. Extraños para nuestro patrón son las variedades descritas excitadoras de arañazos, tirones de pelo, marcas de dientes, golpes eróticos y sonidos con los que el amado responde a ellos (como una medida del origen recopilatorio de estos poemas, incluso en los primeros se hallan en la confusión si de estos golpes excitantes deben ser propinados con verdaderos instrumentos o con la «mudras» (nombre derivado de las tijeras de esquila) o la cuña, etc. Vatayana condena la expresión más literal como peligrosa y enumera un gran número de accidentes). Rara, tal vez, la disipación de la conducta agresiva en la función de diversión del sexo, que quizás, tenía su lugar propio en la economía; incluso la extrema estilización contribuye a su control; contrariamente a la violencia sexual en nuestra literatura, ésta continúa siendo juego; amor-juego también, no odio.

Uno concluye sentidamente, después de leer (lo cual hemos de hacer, en la mayoría de los casos, sólo en una mezcla de alemán y latín, al menos que uno sea capaz de leer los originales), que ellos no se hallan ligados suficientemente a nuestra literatura para que valga la pena divulgarlos. Nosotros tenemos ejemplos equivalentes producidos bajo la convención de que el gozo sexual puede ser estimulado, hasta cierto punto, si la estimulación pasa por higiene moral o mental. Tiene que oler bien a incienso o a carbónico, y no tiene que ser más de lo agradable ordinario: éstos son poemas; buenos como poemas, yo no lo sabría decir. La poesía no sería muy buen vehículo para tal instrucción hoy día. Nuestra preferencia es para la ciencia no ritmada.

Nuestra sociedad no tiene funcionarios para fomentar la satisfacción sexual. Si fuera capaz de dar vida a una literatura de la sexualidad marital tan explícitamente dedicada al gozo como la del salón de baile, la ventaja en sinceridad solamente valdrá la pena. La tarea de la información y de la confianza recae principalmente de momento sobre la ciencia (esto era una parte tan impor-

tante de la obra de Kinsey como la información obtenida), pero el arte y la literatura pueden contribuir casi tanto simplemente por medio de la sosegada descripción de la historia natural humana. La constante desaparición de la costumbre sexual privada del tabu establecido por mucho tiempo contra una forma de conducta que figura en gran parte en el templo, parece deberse principalmente a la seguridad de la biología. En realidad, el verdadero contenido de la conducta sexual cambia menos probablemente entre las culturas que la capacidad individual para gozarla sin ansiedad.

La «enfermedad gris» está lejos de ser curada de nuestra sociedad y existen nuevos deplorables focos de ella en el mundo marxista que amenaza infectar a aquellos asiáticos que no han podido cogerla de nosotros. Pero si la remisión se sostiene, podríamos resultar ser la primera cultura que en todos los tiempos ha sido capaz de una forma completa de comprender las funciones juego de la sexualidad, pues nosotros podríamos en cualquier momento obtener un control seguro sobre nuestra fertilidad. Ello será un buen cambio si la India moderna saca igual —aunque beneficios diferentes— de este descubrimiento. Nada, estoy convencido, será capaz de mantener alejado de la vida el nuevo clima, o del arte si este aparece una vez más, aunque éste va a ser una lucha. Por varias razones, yo personalmente, deseo que la lucha empiece pronto.

La poesía en Inglaterra y en América es hoy una «lengua» casi tan hierática como el mismo sánscrito, y todas las otras artes corren el peligro de aceptar el ghetto cultural (salas de conferencias, programas de radio, el establecimiento literario que los necesita por razones justas) como auditorio natural. El interés erótico es justamente concebible, uno que podría darle salida entre gentes que lo necesitan por razones falsas y preservarlos del equivalente artístico de ese brahmanismo osificador que parece haber destruido la espontaneidad de la cultura del templo. De la misma forma, yo sugiero que el interés erótico en la vida es la defensa más real de nuestra voluntad para contrarrestar a aquellos devotos de la otra cara de la diosa, que trabajan con tal celo para solemnizar finalmente la muerte a nuestras expensas.

• Traducción: Juan Ruiz •



# Poemas de C. Vega Alvarez



## FLORES

Ven. Acércate un momento.  
Voy a contarte una historia.  
¡La historia de los amores  
de un ruiseñor y una rosa!

Risa de pétalos blancos  
emanan de su corola  
y efluvios de primavera  
la fragancia de su aroma.

Los céfiros le han tejido  
su blanco traje de novia  
y un cortejo de azucenas  
quieren llevarle la cola.

Las dalias están de morros  
y comentan, desdenosas,  
el orgullo y la fachenda  
con que presume la novia.

Las humildes margaritas  
se han ofrecido obsequiosas  
para bordarle a la flor  
el equipo de la boda.

Por la quebrada del monte  
trepan lirios y amapolas  
criticando, cual crítica  
la gente zafia y chismosa.

Claveles que en otro tiempo  
fueron novios de la rosa  
disimulan su despecho  
guiñando a las zarzamoras.

Las violetas y jazmines  
—que son gente filosófica—  
critican con la elegancia  
de las clases orgullosas.

«— ¡Qué valor, cuánta osadía!  
¡Casarse como una loca  
con ese copo de plumas  
sin donaire y sin aroma!

Un pájaro y una flor  
podrán ser, si el caso importa,  
novios, amantes, vecinos,  
mas nunca esposo y esposa.»

## AMANECER

Cinco  
Eran cinco.

Despertaron con el alba

Cinco luceritos blancos  
jugando al corro en el cielo  
con el cantar de los gallos.

¡Cinco!

Cinco estrellitas que vagan  
por caminos solitarios...

Y se fué una.

Crenchas de luz la Aurora  
con luces está peinando...

Tres.  
Quedaron tres...

Y en un caballo de fuego  
llega el Alba galopando.

Quedan dos estrellas blancas  
frente a frente en el espacio.

Con anchas de luz la Aurora  
viene talando los campos.

Tembor de miedo en las sombras,  
dan voces los campanarios.

Y queda una.  
Ninguna.

¡Llega el Alba galopando!

## RELOJ

Frente al reloj el tiempo  
en trágico tic-tac..

Los minutos que trazan  
signos de eternidad  
van ciegos, galopando  
por un rumbo fatal.

Las sombras; el misterio.  
Y el mágico tic-tac  
del tiempo que socava  
muros de eternidad.

Martillo de los siglos  
que clava sin cesar  
la esfera de la vida  
con su tic-tac, tic-tac.

Frente al reloj, el tiempo  
en su ritmo fatal.

## INJERTO

*A mi saladisima cuñada  
Mary, que fué un maravi-  
lloso injerto familiar.*

— ¡Esa rama, hortelano!  
Esa ramita nueva  
que has injertado a tu árbol!

¡De rosas,  
de claveles  
y de nardos!

¡Esa grácil ramita de albahaca  
con perfumes gitanos!

¿De dónde la sacaste,  
muchacho?

¿De dónde las has cortado  
que tiene un resabor de castañue-  
[las

en la bruja falseta de sus labios?  
Esa ramita nueva

con perfumes extraños,  
¿qué tiene que ya nadie la dis-  
[tingue

entre las viejas ramas  
de tu árbol?

¿Qué parece, hortelano, que ha  
[nacido

en aquel mismo tallo?

¿Por qué resultará tan sugestiva  
esa extraña ramita  
de rosas,  
de claveles  
y de nardos?

## MUSA CAUTIVA

— ¿Poesía? ¡No! Quimeras  
de hombres que a golpes de en-  
[sueños  
quieren forjar las espadas  
can que han de matar el Tiempo.

Peñas que cambian de nombre  
al pasar por el cerebro  
y se visten de metáforas  
con tal de llamarse versos.

Brillo efímero que surge  
de la fragua del recuerdo  
cuando el yunque del dolor  
se hace esperanza y consuelo.

¿Poesía? ¡No! Puñales  
rótos en el pensamiento  
como esas flores que rompe  
el fragor de los inviernos!

Heridas que siempre sangran  
en el alma y en el cuerpo.  
¡Frasés que se hacen espadas  
y sueñan matar el Tiempo!

## NINOS DESCALZOS

Pies desnudos.  
Blanca nieve.  
Pies de nácar  
sobre el césped.

¡Pies de niños!  
Pies tan breves  
como pájaros  
de juguete.  
Nubes pardas.  
Cielo verde.  
Nubes negras  
de agua y nieve.

Pies sin rumbos  
sobre el césped.  
Sueños nómadas.  
Negra suerte...  
— ¡Tengo frío!  
clama el nene.  
— ¡Tengo miedo  
de perderme

en la sombra  
ancha y breve...—  
Pies de niños  
de juguete...

Risa roja;  
pura frente;  
ojos limpios  
alma alegre.

— « ¡Mamá, mira  
— ríe el nene—  
cae azúcar  
del celeste  
bello cielo! »  
— dice el nene—

Risa roja;  
alma alegre.  
¡Pies que vagan  
en la nieve!



# Páginas de la Historia del movimiento obrero español

Pero las franquicias logradas duraron poco. En 1855 se produjo en Barcelona un motín de carácter político muy común en aquellos tiempos. El capitán general de Cataluña, general Zapatero, tomó el pretexto de la participación de trabajadores en el movimiento subversivo que había estallado para prohibir, nuevamente las sociedades profesionales. Zapatero, también entonces vinculado a los fabricantes catalanes, quiso terminar incluso con las sociedades benéficas, que se le hacían sospechosas. Los gremios organizados se dispusieron a la defensa de sus derechos con el arma de que disponían: la huelga general.

El 2 de julio (1854) a las 9 de la mañana, paralizaron las fábricas en Barcelona, Gracia, Badalona, Cornellá, San Andrés, Sans y otros lugares; en Igualada y en Vich se produjeron disturbios; en el último punto resultaron varios heridos.

El gobernador civil y el Ayuntamiento de Barcelona a la prudencia y al orden; el 3 de julio el paro se intensificó más aún. En una bandera improvisada se leía esta inscripción: «Asociación o muerte. Pan y trabajo». Barcelona dió la impresión de una ciudad ocupada militarmente, pero con todo los obreros mantuvieron excelente disciplina y no se dejaron arrastrar a actos de fuerza. La huelga no tenía carácter revolucionario; solamente reivindicaba el derecho de asociación y la jornada de diez horas.

El gobierno de Madrid envió a Barcelona al coronel Rafael Saravia y los obreros volvieron al trabajo el 11 de julio sin haber logrado propiamente más que un jurado mixto para someterle sus desavenencias con los patronos.

Formaba parte del gobierno de Madrid, a cargo de la cartera de Fomento, Alonso Martínez, que quiso hacer el intento de restablecer en Cataluña un clima de apaciguamiento y presentó al gobierno un proyecto de reformas obreras. El gobierno lo hizo suyo y lo trasmitió a las Cortes. Alonso Martínez hizo invitar a los trabajadores de Barcelona para que informasen ante una comisión parlamentaria nombrada al efecto.

## Obreros tejedores exponen sus reivindicaciones

El 7 de septiembre de 1855, en nombre de la clase jornalera, se hizo una exposición a las Cortes en demanda del derecho de asociación. Se decía en ella entre otras cosas:

«Hace años que nuestra clase va caminando hacia su ruina. Los salarios menguan. El precio de los comestibles y el de las habitaciones es más alto. Las crisis industriales se deducen. Hemos de reducir de día en día el círculo de nuestras necesidades, mandar



al taller a nuestras esposas con perjuicio de la educación de nuestros hijos, sacrificar a estos mismos hijos a un trabajo prematuro.

«Es ya gravísimo el mal, urge el remedio y lo esperamos de vosotros. No pretendemos que ataquéis la libertad del individuo, porque es sagrada e inviolable; ni que matéis la concurrencia, porque es la vida de las artes; ni que carguéis sobre el Estado la obligación de socorrernos, porque conocemos los apuros del Tesoro. Os pedimos únicamente el libre ejercicio de un derecho: el de asociarnos.

«Hoy se nos concede sólo para favorecernos en los casos de enfermedad o falta de trabajo; con-

minada. Los nuestros y los de los dueños de taller, bien lo sabéis, se hallan en constante guerra, pacificados. Y pues vuestro solo caduceo es la libertad, proclamada en todo y para todos. No la temáis porque en ella está el orden. No la limitéis, porque ella misma se limita. No impidáis su desarrollo bajo ninguna de sus fases, porque es la fusión en una de todas estas formas, como la luz es la fusión en uno de todos los colores.

«Hasta ahora no habéis consignado la de asociación en nuestro futuro código. Apresuraos a consignarla. Dadnos siquiera a nosotros, desgraciados parias, privados casi de todos los derechos políticos, esta arma de combate»...

## por Diego Abad de Santillán

cédasenos en adelante para oponernos a las desmedidas exigencias de los dueños de los talleres, establecer de acuerdo con ellos tarifas de salarios, procurarnos los artículos de primera necesidad a bajo precio, organizar la enseñanza profesional y fomentar el desarrollo de nuestra inteligencia, atender a todos nuestros intereses...

«Se teme que asociados hemos de promover desórdenes; mas infundadamente. Los artesanos franceses lo estuvieron casi todos durante los últimos años del reinado de Luis Felipe, y ni un solo día turbaron la paz del reino. Tampoco los operarios de Cataluña, mientras la autoridad no se mostró hostil a sus numerosas sociedades...

«Clama ahora el capital porque se nos niegue la facultad que pedimos, pero sin justicia. Asociándose es como ha precipitado la ruina de la pequeña industria y acelerado la nuestra. ¿Es equitativo que él solo disfrute de este beneficio? Ya que aun a los ojos de la ley hayamos de estar en lucha, debemos disponer de iguales armas...

«Vosotros, Sres. diputados, habéis sido llamados tras una revolución (la de julio de 1854) sangrienta a constituir el país sobre nuevas y seguras bases. Hasta que todos los intereses hoy en pugna no estén en armonía, no podéis dar vuestra misión por ter-

minan y los exterminarían más si el gobierno no los protegiera. ¿Como, empero, ha de corregir la clase obrera un abuso, si cuando se acerca a la autoridad para denunciarlo, en vez de hallar favor, halla insultos y a veces hasta amenazas de muerte?

«Si, por otra parte, se nos quita a nosotros la libertad de estar asociados y se concede a los fabricantes, como hasta ahora ha sucedido, ¿quien pondrá ya freno al egoísmo de estos? Es cosa obvia. Si a mi el gobierno me diese la libertad de disponer como mejor me pareciese, no solamente de capital, sino de los obreros, sería fácil que, a pesar de mis buenos sentimientos, procurase hacerme rico lo más pronto posible, aunque debiese sacrificar a mis semejantes. Ahora bien: los dueños de taller tienen este derecho cuando no existen asociaciones obreras...

«También se ha dicho algunas veces, señores, que las asociaciones son la causa de que en Cataluña haya siempre disturbios. Esto, señores, es falso. El 36, no existían aún sociedades obreras, y no pasaban tres meses sin que hubiese revoluciones y motines. Las masas eran entonces más explotadas que ahora. ¿Qué he de decir para vindicar las sociedades? Las masas eran entonces tenidas por liberales, y hoy por carlistas; mas yo, señores, aseguro que en su mayoría no son ni carlistas, ni progresistas, ni republicanas; llevan por objeto destruir la miseria. ¿Cómo, pues, ha de estar tranquila una provincia en que, como he dicho, se coarta la libertad del obrero y no la del fabricante? ¿Cómo ha de estar tranquila una provincia en que se pone fuera de la ley a todos los obreros? ¿Cómo ha de estar tranquila una provincia donde no se da oído a las comisiones de obreros y se los prende y se los confina, siendo los más inocentes, sin formación de causa? ¿Dónde está la moralidad y la justicia?...

«Entre los fabricantes y nosotros, señores, se establece una diferencia injusta. Nunca se ha confinado a los fabricantes porque han cerrado sus fábricas; se nos confina a nosotros porque hemos abandonado sus talleres. Ellos son libres para rebajar los salarios, y nosotros no somos dueños para decir juntos: queremos tanto por nuestros brazos y nuestra inteligencia. ¿Cómo tanta injusticia?

«El carácter catalán es algo peculiar; si ha de decir una cosa, la dice clara y terminantemente. Nos llaman por esto orgullosos; mas no es orgullo lo que tenemos; es un corazón noble y lleno de entusiasmo»...

Por su parte, Juan Alsina dijo: «Día terrible fué para Cataluña aquél en que se publicó el bando de Zapatero para suprimir las sociedades. Se trataba de quitar a los obreros su único recur-



# «LOS LUSIADAS»

Genio, pasión y desventura de un personaje épico: LUIS DE CAMOENS

De las emociones que, bajo el estímulo de la evocación ligárganse a lo retrospectivo y habidas variamente durante mi dilatada permanencia en Lisboa, destacaré los recuerdos de «Los Lusíadas». Refiérome al espiritual placer de admirar sus esmeradíssimas y costosas ediciones expuestas en los escaparates de las librerías. Un homenaje luso que la devoción literaria y un fino concepto de manuficencia editorial rinden, sin declinio, al autor

## Páginas de la Historia del movimiento...

so, la única esperanza que les quedaba, y en vano fué que se presentasen al general para pedirle la asociación; en vano fué que los directores, uno de ellos, el que tiene el honor de dirigiros la palabra, le presentaran una exposición recordándole que faltaba abiertamente a la real orden del 31 de mayo de 1854; en vano fué que se le demostrara la necesidad de tranquilizar la industria por los beneficios que había reportado. La muerte de las asociaciones estaba decretada. Siguiéron, con todo, existiendo. ¿Por qué? Porque la clase obrera, a pesar de verse perseguida, sabe comprender lo que puede alcanzar con la asociación, y por más que se la persiga, nunca faltarán hombres que, como el que tiene el honor de hablar, aprecian la vida para perderla en defensa de sus justos derechos. Zapatero, con estas disposiciones no logró sino promover conflictos, que estaba en su mano evitar; desterrar a algunos infelices sin formación de causa y sumir a sus familiares en la más espantosa miseria. Lcción terrible que nunca debiera olvidarse...

»Desde el año 1840 hasta el presente han tenido lugar muchos acontecimientos políticos y revoluciones sangrientas; en ninguna han tomado parte las sociedades. Ni la han tomado ni la tomarán porque saben que el día que se mezclasen en política sería el de su muerte, y los obreros las apreciamos demasiado para desear que busquen su sepulcro en la política. La cuestión es de trabajo, y el que quiera mezclarse en política forma sociedades aparte...

»A buen seguro, Sres. que no sabéis lo que son los contratos individuales, que si lo supiéseis no los permitiríais. Los contratos in-

de tan maravillosa obra poética.

Trátase de Luis Vaz de Camoens (Camoens, usualmente en español) quien, según declara él mismo, dejó «a vida pelo mundo em pedaços repartida», es oportuno aludir brevemente, por similitud de temperamento y acción, a la gloria cervantina. Genios literarios los dos y al servicio de las armas, el uno cantará la estirpe heroica de los portugueses y las navegaciones de sus estoicos navegantes: el otro el idealismo de lanza en ristre, abnegado y protomártir caballero a lomos de un jamego metafísico. Camoens, que ha sido soldado en la India, perderá su ojo derecho combatiendo en Ceu-

ta; Miguel de Cervantes, su mano en la batalla leparentina contra el poder turco. Mas en la aventura amorosa el portugués sobrepasa al autor del «Quijote». Conocida es la pasión que doña Catalina de Athayde, hija de Antonio de Lima, mayordomo del infante don Duarte, inspira al gran épico, pasión que haorá de suscitar el clamor y el reproche de la cortesía.

Nos limitaremos a comentar la grandeza del bardo y de su obra cumbre. Queden un poco relegados ahora el comediógrafo y el lírico. Ese lírico excepcional, neoplatónico, admirador del Petrarca. Camoens, como el autor de «Rima in morte di Laura», cultivará magistralmente el soneto y, sobre todo, dejará uno de soberana belleza: el dedicado a Natercia...

Alma ninha gentil que te par-tista... «Los Lusíadas» (hijos de Luso, fundador de Lusitania), la sublime epopeya que elevase a la región de los dioses, con la mitológica protección de Venus en su aspecto ésta de dominadora del mar, reafirma genialmente el portento de las navegaciones orientales de Vasco de Gama y las proezas de Nuño Alvares Pereira, Alfonso Alburquerque, etc. Camoens ha salvado del naufragio del río Mecón el manuscrito de su obra...

«... o canto que molhado Ven do naufragio triste, e miserando...» («Los Lusíadas». Estancia CXVIII. Canto X). Es lo único, esta joya de fulgida sublimidad, que, esgrimiendo en su mano después de perder todo, logró salvar; gema impagable del tesoro universal de las Letras.

»Se nos pretende despojar de todas nuestras armas. ¡Cómo si no fuésemos más que un pedazo de carne echada en esa miserable tierra para escarnio de todos! Mientras los que nos escarnecen y nos insultan, con sus miradas, viven y gozan sobre nuestro sudor. Ingratitud del mundo; el que más contribuye a la felicidad de todos es el menos recompensado... (1).

El general Zapatero insistió en la supresión de toda sociedad obrera y persiguió con ensañamiento a las en que se habían refugiado en la clandestinidad. Hasta que esas provocaciones llevaron en junio de 1856 a una protesta airada, con barricadas, luchas con el ejército, en jornadas sangrientas que costaron centenares de muertos y heridos en ambos bandos; hubo fusilamiento de nacionales, de civiles e incluso de niños. Los consejos de guerra funcionaron durante muchos meses, las asociaciones obreras fueron declaradas fuera de la ley, los presidios se poblaron de contingentes de trabajadores.

Convertete-se-me a carne em terra dura — Em ponedos ossosso firme...

«Los Lusíadas». Estancia I.IX. Canto V.)

Vasco de Gama habla al rey de

Molindo. Una detallada referencia de la ruta hasta ese extremo del Africa saldrá de la boca del navegante. Exaltará, en versos de excepcional belleza, los montes de Mauritania, el Tajo, Cintra, Madeira, Cabo Verde, Canarias... Advertirá de los peligros del mar a su oyente...

Subitas trovoadas, temerosas, — Relampagos, que o ardem fogo accendiem; — Negros chuueiros, noites tenebrosas, — Bramidos de trovoes que o mundo fondem...

«Los Lusíadas». Estancia XVI. Canto V.)

Y todo lo que sigue es verdaderamente asombroso; la visión del palacio de Neptuno; la ira de Baco y la intercesión de Venus y las ninfas; la recepción dispensada a Gama por el emperador Samori y los peligros ulteriores; el fantástico recibimiento de las Nereidas de la famosa isla...

Onde pela floresta se deixavam Andar as bellas deosas, como incautas...

«Los Lusíadas». Estancia LXIV. Canto IX.)

Finalmente la flota llega al Tajo. Y con esto, Portugal se inmortaliza por el heroísmo de sus navegantes. Y es Camoens quien, bizarro épico por disposición divina, canta, con el mejor de los plectros, la gran epopeya marítima.

Pero este portugués valeroso y genial, este poeta de la gloria heroica y héroe él mismo de las expediciones emprendidas por Occidente, sabrá de la pobreza ínfima y de la desventura máxima. Le sobrevive su anciana madre y vislumbra al final la decadencia de su patria.

Año 1580...

Entrad conmigo y ved la sala lóbrega de un hospital. Asfixiante la atmósfera, frecuente la quejumbre de los enfermos. Un sacerdote reza a media voz en la cabecera de una cama. Pasa silente una monja. Y el sollozo de un humilde servidor — el indio Jau — agudizando el patetismo de la escena.

Un hombre se muere: Luis Vaz de Camoens. Pausa de angustia, y luego el expiro.

Piadosamente le han cerrado los ojos. En la faz del poeta los párpados juntáronse en vínculo de eternidad. Entonces don Manuel de Portugal, de la Casa de Vimioso y antiguo protector del épico, ha enviado al hospital el lienzo de la mortaja.

¡Pobre indio Jau! ¡Pobre y fiel servidor sollozante! Ya no tendrá que pedir limosnas para socorrer a su egregio, heroico e inmortal amigo...

S. AZAGURY

# Recuerdos y rasgos de Salvador Seguí

**R**ECIEN llegado a mis manos este pulcro librito, «Salvador Seguí. Su vida y su obra», que ha cuidado con tanta atención nuestro querido Juan Ferrer, ha tenido la virtud de remover no sé cuántas fibras, de remover actos pasados y de que se agolparan a mi mente una porción de hechos triviales, de anécdotas, de sucesos ocurridos en el transcurso de la lucha, que he pensado transcribir, reconociendo su insignificancia, por si ellos pueden contribuir a perfilar un poco más la personalidad de este gran luchador de la C.N.T., del movimiento libertario y del acratismo.

## El «Noi» falsificado

No puedo ver sin irritarme el retrato de Seguí, con su cuello de pajarita, tocado con una corbata que parece un dogal para un ahorcado, con su traje propio para asistir a un funeral, con sus rasgos duros, con sus ojos inexpresivos. Nada más lejos de la realidad que estas fotos que han quedado de él. No; el «Noi del Sucre» no es como lo muestran. Las máquinas fotográficas también mienten. Al «Noi» hay que verlo con sus alpargatas, su traje blanco, su pañuelo de seda anudado al cuello, su andar reposado y seguro. Hay que verlo, lo mismo escuchando que hablando, con sus ojos en éxtasis, con los oídos en tensión, como si pretendiera absorber todas las ideas de sus interlocutores, o con sus ademanes que semejaban el sembrador dispuesto a echar a boleo sus ideales humanas y liberadores.

## Rasgo

A veces hay pequeños detalles que muestran lo que anida en lo íntimo del hombre. He aquí uno de ellos:

Cierta vez iba el «Noi», acompañado de un amigo, por las calles de Madrid. En esto aparece un «atorrante» que con intención de sacarle algo, empieza adúlándole con mucha soltura y gracia.

Seguí, molesto, le dice:

— No es por ahí, amigo.

Entonces el pediguño se descubre:

— Es que hace dos días que no como.

Seguí, sin más, saca del bolsillo una moneda de cinco pesetas y se la da.

Momentos después, sentados en el Café Puerto Rico, el «Noi» tuvo que hacer una indicación a otro compañero para que pagara el café.

## Escena carcelaria

Seguí aparece detrás de los barrotes. Varios compañeros asisten a la hora de visita para departir con él, para cambiar impresiones, para testimoniarle su amistad.

En eso un policía, imprudente y lacayuno, como todos los de su clase, se entremete con los visitantes, con el fin de transmitir cuanto allí se dijera a sus superiores.

Seguí se da cuenta, y le increpa con verdadera indignación:

— ¡No te da vergüenza! ¡No comprendes la baja del papel que representas!

Entonces, en el rostro del policía apareció un rasgo humano: se ruborizó, y se retiró a un extremo donde no pudiera oír.

## Un anónimo

Cuando más álgidas eran la represión y la criminalidad oficial, Seguí recibió un anónimo, firmado por un «amigo», donde le decía que le iban a asesinar. Eran tales los datos que daba que alarmó a cuantos lo leímos. Desde luego era un aviso cordial de quien tenía interés en que salvara la vida. Ello ocurría poco después del atentado que sufrió en la ca-

por José VIADIU

lle de Mendizábal. Seguí era extremadamente confiado. Así que costó mucho convencerle de que se trasladara a Madrid. Seguramente que dicha advertencia tuvo la virtud de que prolongara la vida dos años más.

Se dijo si el autor del anónimo era Francisco Maciá, el que luego fué presidente de la Generalidad.

## Una encuesta

Transcurrían los días más aciagos y trágicos que ha sufrido el militante cenetista. Los asesinatos policíacos de compañeros estaban al orden del día. Entonces la Federación Local de Barcelona, de acuerdo con los grupos, bastante diezmados, que mantenían con su sangre una lucha a muerte contra los opresores, mandaron un manifiesto a las cárceles y presidios, donde moraban la gran mayoría de militantes, exponiendo lo grave de la situación, en la que pedían la opinión acerca de si creían conveniente que se llevara la contienda ojo por ojo y diente por diente.

Esta propuesta fué contestada dubitativamente por muchos compañeros presos que tenían las responsabilidades de las autoridades. La contestación de Seguí fué la más terminante:

— Cuando un hombre se ve acosado por defender una causa noble, tiene la obligación de defenderse con las uñas, a patadas, a mordiscos, a como dé lugar... La cuestión es defenderse.

## Un botellazo

La escena en la vieja tertulia del Circo Español. Allí, Seguí se encontraba a sus anchas, era su centro de gravitación. Las largas horas pasaban meteóricamente en una discusión viva, animada... Un día cualquiera, uno de los conturbios, sin duda por disconformidad con lo que decía, coge una botella llena de agua y con violencia la dirige contra el «Noi». Este ladeó un poco la cabeza para esquivar el golpe, y la botella fué a estrellarse a los cristales de la ventana.

Se armó una trifulca, pero Seguí continuó como si nada hubiera pasado. Y dirigiéndose a quien sostenía la charla, prosiguió:

— Como te decía...

## El poder de la imaginación

La cosa ocurría durante la represión de Miláns de Bosch. Seguí, tuvo que permanecer durante meses sin poder salir de su guarida. Por aquellos días la prensa y mucha gente hablaban de su fortuna, del oro ruso, de cierta torre de su propiedad enclavada en el «Guinardó»...

Cuando lo cierto era que en su hogar no merodeaban más que

— ¡Compañero, se ha terminado la anarquía! Y si no fuera por miedo a ensuciarme las manos te arrojaba, como una piltrafa que eres, por encima de la barda.

Este hecho ocurría en la Avenida Layetana, en los días del boicot patronal, y cuando se hacían obras en toda la calle.

## Ladrones y serenos

Como es sabido, los anarquistas y los militantes de la C.N.T. acostumbraban a tener el «privilegio» de que la policía procurase por su preciosa existencia. Así, a la salida de casa, uno o dos policías, seguían pegados a los talones del compañero que sus superiores le habían asignado.

En este caso, a Seguí le había tocado un «seguidor» más «lépero» que los habituales, hasta que un buen día decidió terminar con el asunto. Se levantó de buena mañana, empezó su caminata dirigiéndose hacia Vallvidrera, de allí pasó al Tibidabo y siempre con el «perrito» detrás. Fueron tantas y tantas las vueltas que le hizo dar, que al atardecer, el policía, descompuesto y rendido, le propuso:

— Mire usted, yo no le sigo más. Si tuviera la bondad de decirme por la noche dónde ha estado, aquí terminaría todo.

## Bajeza humana

Se celebraba una asamblea en el Sindicato del Ramo de la Madera, de la calle de San Pablo. A Seguí no le faltaban contradictores y enemigos en el propio seno sindical. Entre ellos había un grupito que le perseguía con encono, con saña, con toda la vileza que puede encerrar este bicho que llaman hombre.

Pues bien, esta noche empezaron por acusarle de tráfuga, de político, de reformista, e incluso de prófugo, de individuo que no había hecho el servicio militar. Todo ello con el fin de informar a la policía para que lo quitara de enmedio.

Seguí aguantó impasible todas las insolencias.

Una vez terminado el comicio, un amigo le increpa, censura su actitud de indiferencia. Le insinúa que con una golpiza terminaría todo este alud de insidias y canalladas.

Seguí contesta:

— No, eso no. Esto sería tanto como colocarme a su mismo nivel.

Y así, con muchos sinsabores y pocas alegrías, como tantos otros luchadores cenetistas, llegó su sacrificio, el sacrificio de Salvador Seguí, el «Noi del Sucre».



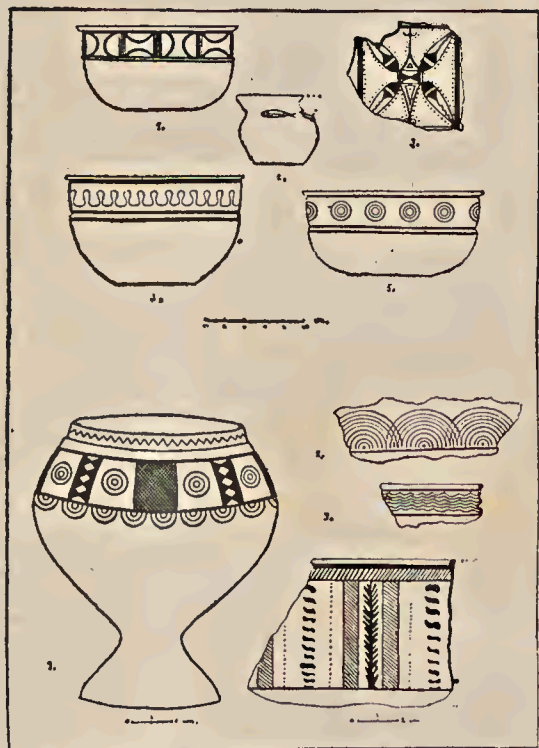
## Un miserable

La buena condición de ser liberal y espléndido le habían ocasionado no pocas disgustos y críticas. Cierta vez, un mangante se habituó a sacarle unas pesetas. Seguí le soltaba ora dos, ora cinco, según las posibilidades.

Este sujeto se vanagloriaba de que para él «había llegado ya la anarquía».

Tal cosa llegó a los oídos de Seguí. El pediguño, ignorante de ello, intentó sablearle de nuevo. El «Noi» le espetó:

# Todavía el problema de la cerámica ibérica



a) Cerámica de Langa de Duero (estilo de tradición post-hallstática con motivos ibéricos y otros)

c) La cerámica celtibérica iberizante después de la caída de Numancia.

El apogeo de la cerámica celtibérica termina en 133 a.d.n.E. con la caída de Numancia. Luego, en los poblados celtibéricos que continuaron habitados se comprueba que las decoraciones se reducen a las más sencillas, aunque continúa la cerámica pintada de tipo numantino con ornamentos en negro, hasta los principios de la romanización, como Taracena ha demostrado.

Izana (147) continúa hasta los principios del siglo I a.d.n.E., lo que se comprueba por una moneda de Toletum de esa fecha, y fue destruido probablemente en tiempos de las guerras sertorianas. Langa de Duero (148) — con hoces del tipo de la Tène III — siguió en pie hasta la mitad del siglo I a.d.n.E. para seguir habitada hasta el siglo I de nuestra Era, por las monedas de la República romana de 124 a.d.n.E., y por el hallazgo de un ánfora romana, pero sin «terra sigillata», pareciendo que la cerámica de tipo numantino que allí se encontró representa el fin de su evolución. Asimismo en Suellacabras las monedas romanas republicanas se asocian a una cerámica muy pobre, de tipo numantino, pero en la que sólo un fragmento está pintado (149), pareciendo que se trata de un poblado celtibérico que duró hasta un momento muy tardío de la época romana.

En Langa de Duero, entre las decoraciones de las cerámicas, se encuentran los precedentes de un tipo de ornamentos que se desarrollará a principios del Imperio Romano, en la cerámica llamada del tipo de Clunia. Es una cerámica amarillenta con decoraciones florales, pájaros y conejos que recuerdan los de la cerámica ibérica de época imperial que también se encuentran en Elche, Cartagena y otras localidades del SE. de España. En Celtiberia fué encontrada en Clunia, en Termancia y en Numancia (150) en la capa superficial perteneciente a la nueva ocupación del lugar en tiempos del Imperio, así como en el valle del Jalón en gran abundancia en Arcóbriga (151).

## VIII.-LAS SUPERVIVENCIAS EN LA EPOCA ROMANA

La cerámica ibérica con decoración geométrica pobre — además de la continuación del grupo de Azaila en que sigue floreciendo la rica decoración con espirales y motivos florales, como se ha visto — persiste todavía en los principios de la romanización por lo menos hasta los primeros tiempos del Imperio.

En el SE. ha sido ya mencionada esta subsistencia y la aparición de la cerámica con motivos semejantes a los que en los principios del Imperio se hallan en la cerámica de Clunia, Numancia, Termancia y Arcóbriga en celtiberia, así como que la antigua cerámica ibérica sigue con ornamentos geométricos sencillos y con la última degeneración de otros.

En Andalucía se conoce cerámica ibérica asociada con monedas romanas en Mogón, provincia de Jaén (152), en donde se encontró un tesoro que, además de las monedas — que no pasan de 89 a.d.n.E. — tenía varias piezas de orfebrería ibérica, así como en el Camino Viejo de Almodóvar (cerca de Córdoba) en una urna cineraria con decoraciones geométricas apareció una lucerna romana (153).

En Cataluña continúa también por algún tiempo la cerámica ibérica, como fué el caso de la ne-

crópolis de Can Fatjó de Rubí, provincia de Barcelona (154) en la que se encuentra todavía cerámica ibérica pobre en los silos con material ibérico y romano que proceden de los últimos tiempos de la República.

## CONCLUSION

A pesar de las lagunas que todavía existen en nuestro conocimiento del desarrollo de la cerámica ibérica y a pesar de las dificultades para fechar exactamente ciertos vasos y ciertos estilos, las líneas generales de su evolución y de los estilos locales, así como los límites cronológicos del desarrollo general, parecen firmemente establecidos.

En el siglo V, la cerámica ibérica era ya algo definitivamente organizado y hay motivos para creer que sus principios — todavía mal conocidos — se remontan al siglo VI, es decir, a los tiempos de la thalassocracia focea, lo mismo que los orígenes de otros aspectos del arte ibérico.

Al principio se hizo sentir un fuerte impacto del arte arcaico griego que no puede explicarse sino a través de los contactos con los productos de la cerámica arcaica griega y que debieron comenzar bastante pronto dentro del siglo VI cuando la cerámica griega conservaba todavía resabios de una tradición orientalizante y hasta con supervivencias — en los ornamentos de relleno — de elementos de la decoración geométrica más antigua, sobre todo en la cerámica para usos ordinarios y no de lujo.

Sabemos ahora que la cerámica jónica con bandas horizontales llegó a Francia y a España (Emporion) y que también se conocieron los vasos protocorintios, corintios y jónicos con supervivencias orientalizantes (Villaricos, Emporion, litoral francés). Si llegamos algún día a conocer mejor la arqueología griega del tiempo de la thalassocracia será más fácil encontrar una explicación de los orígenes del arte ibérico en particular.

por P. BOSCH GIMPERA

Pero, a pesar de la persistencia de la tradición arcaizante hasta más tarde, los indicios de la existencia de la cerámica ibérica a fines del siglo V son bastante importantes para pensar en un contacto que debió haberse producido muy pronto y que permita explicar la fuerte tradición arcaizante de ciertas decoraciones ibéricas, lo mismo puede suceder también en ciertos tipos de la escultura ibérica. Es imposible creer que en España hubieran podido aparecer las decoraciones de la cerámica griega de tradición orientalizante, con sus «carnassiers» y sus combinaciones florales y de espirales, uno o dos siglos después del momento en que dejaron de emplearse en Grecia.

F I N

(147) Taracena Excavaciones Soria y Logroño.

(148) Taracena, Excavaciones Soria y Logroño.

(149) Taracena, Excavaciones provincia de Soria.

(150) Bosch, *Etnología*, figs. 509-511 (pp. 565-566); *Excavaciones Numancia*, lámina XL, c.; *Paulsen*, lámina 56; *Bosch*, *Problema de la cerámica ibérica*, lámina X, i.

(151) E. de Aguilera y Gamboa, *marqués de Cerralbo, El Alto Jalón* (Madrid 1909); *Bosch*, *Problemas de la cerámica ibérica*, figuras 16-19; A. García y Bellido en *Ars Hispaniae*, I, figura 390 (página 321).

(152) L. Pericot, *Mogón. (Realleitikon der Vorgeschichte de M. Ebert, VIII, Berlin, Gruyter, 1927); H. Sanders, Joyas ibero-romanas halladas en Mogón, cerca de Villacarrillo. (Jaén, sin fecha).*

(153) García y Bellido, *Cronología final*.

(154) J. Colominas, *Necrópolis de Can Fatjó (Rubí, Anuari VI, 1915-20, páginas 599-601).*



# La historia hispanoamericana y la vida de Garcilaso el Inca

Este acontecimiento, de trascendencia americana, actualiza la personalidad del ilustre autor de «Los comentarios reales de los Incas», cuya biografía es todo un símbolo y un espejo de los pueblos mestizos de América, originados desde la conquista, es decir, del choque de españoles e indios, de elementos sociales contrapuestos y hasta incompatibles; «biografía» que en el fondo, es la historia americana, hecha de contradicciones, hasta ahora.

Tantos biógrafos han analizado, casi hasta agotar el tema, la vida «literaria» de Garcilaso, su estilística, el análisis de los ambientes circunstanciales, formadores de su personalidad «literaria», formación intelectual, su técnica en fin, «Vida literaria», después de todo, que expresa su fase menos profunda y más formalista. Puede haber «vidas literarias» más pintorescas, más cargadas de lirismo entre muchos grandes hombres del mundo. Pero la vida de este egregio mestizo, antes de simple valor individual, es de honda raigambre y significado social porque se trata del primer «vástago» de la conquista, que trasladado a España se equipara con las más altas mentalidades de la época y es el historiador del Perú que arrebató el cetro de autoridad a los «Cronistas» hispanos que hasta entonces eran casi los únicos que narraban el pasado precolombiano; vida que se desenvuelve en un momento dramático de la historia de América, cuyas consecuencias trascienden hasta ahora: la conquista, la amalgama brutal entre el español y su cultura y el indígena y la suya. Violento encuentro que hace virar la historia americana por otros derroteros, historia que en ningún caso logró la unidad, pues no puede haberla hasta ahora mientras subsistan los poseedores y los desposeídos desde la Conquista. El estado de conquista subsiste en América, en unas partes con más intensidad que en otras. Por lo tanto, vidas como la de Garcilaso (mestizo indio-español), deben ser enjuiciadas en ligamen con la realidad social que suponen y se desenvuelven acordes con el desarrollo de los pueblos. «La realidad social determina el pensamiento social».

Ensayemos en trazar un esbozo sobre esa realidad social que implican la vida y la obra de Garcilaso.

## Símbolo de la América mestiza

El primer fruto esclarecido de la conquista del Perú por España fué Garcilaso Inca de la Vega. Cauce de dos savias raciales (e históricas), que se juntaban no como dos arroyos que confluyen armoniosamente para acrecentarse, sino como uno de los torrentes con ímpetu de desplazar al

## El sentido social de la vida de Garcilaso

**H**ACE poco, el 12 de abril del presente año, se cumplieron cuatro siglos, veintitún años, del nacimiento en «Cosco» (así escribía Garcilaso el nombre de su ciudad), la antigua capital de los Incas, de Gómez Suárez de Carbajal, o más conocido por Garcilaso Inca de la Vega, hijo del capitán conquistador del mismo nombre y de la Nusta Isabel Chimpu Oollo, descendiente de los reyes peruanos.

concurrente débil, en disputa por el rumbo. Calma después de la tempestad, tregua en la lucha, flor magnífica que surge entre los escombros, pensamiento que pone en claro la mente confusa y aturdida de las multitudes analfabetas, incluyendo entre éstas a los mismos conquistadores que no aspiraban a ser otra cosa que encomenderos, «repartidores», terratenientes, explotadores y dueños de minas, de siervos y esclavos, antes que «letrados».

Apenas transcurridos unos pocos años de la caída definitiva del Imperio de los Incas, nació en «Cosco» ese vástago, no simple-

misma, se sustentaron de fuerzas opuestas, de pasiones y de realidades contradictorias. Victoria y derrota, conquista y servidumbre, holgura y miseria. Dinámica de la historia americana, que de fuerzas dominantes negativas pueden pasar a soluciones positivas.

Analizar estas raíces de la vida del autor de «Los Comentarios» es descubrir la estructura social de los pueblos americanos, constituidos a partir de la conquista por tantas contradicciones.

## Victoria y derrota

La vida de Garcilaso, como la de América «descubierta» se inau-

## José Uriel García

mente de un capitán victorioso y de una mujer india conseguida como parte del botín, sino el vástago, mejor dicho, la solución provisional del dilema, la afirmación entre dos negaciones, el resultado de la pugna de contrarios, la síntesis de extremos incompatibles. Resplandor de dos mundos en choque, el nuevo y el viejo, orilla de dos corrientes del tiempo, el pasado y el futuro. Frontera de un mundo armonioso que se derrumba y otro que al volcarse sobre América pierde su línea ascendente, porque aquí se desenfrena y relaja al resplandor del oro de «Indias» y traslada todo lo rezagado de su historia, a pesar de las luces del Renacimiento, a tal punto que la historia colonial pudiera contarse desde el siglo XIII europeo, con Santo Tomás, la Teología, la Escolástica, la Jerarquía, en lugar del siglo XVI, con Vitoria o Luis Vives, la Ciencia del Derecho y de la autodeterminación de las naciones, de las Matemáticas y la Física, que en el Perú sólo despiertan en el siglo XIX.

La vida de Garcilaso, su infancia, y su primera juventud, columnas sustentadoras de la soberbia cúpula de su vejez fecunda, concluye en España, se nutrieron aquí en «Cosco» con la savia maternal no sólo de Isabel Chimpu Oollo, sino de los Andes, de su cielo y de sus campos, nodrizas óptimas del vigor geográfico de América, de consuno con la acción de sus hombres, de la nueva sociedad que se organizaba en la ciudad de los Incas. Por tanto, sus emociones y sus pensamientos, la trama de su vida

gura entre el clamor triunfal de los vencedores y la humillación de los vencidos. Dos realidades totalmente opuestas se abrieron ante sus ojos. El panorama paterno, risueño y feliz; despensas holgadas, arcones llenos de oro y de joyas, tierras fructíferas, las más fértiles, hombres de servicio, siervos a discreción. Y el de la madre, vida amargada y doliente, con la cantilena de cada momento: «el reinar se nos trocó en vassallaje», poblaciones en ruinas, campos devastados, matanzas de indios, multitudes empobrecidas y sometidas.

Su infancia despierta al festín de la victoria, que todavía resonaba, al reparto del botín, que aún se encontraba. Aladinescos tesoros de Atahualpa, del Coricancha, de los ofrecidos a los Pizarro, cupo dominical, a hora de misa mayor, impunte a Manco II. Saqueo de mansiones incaicas, reparto de tierras y de hombres, derecho de conquista como ley suprema. La vida es un festín, a pesar del fragor de cañones y arcabuces, que, con ellos, se disputan precisamente la parte del león en el botín, la porción más ingente en el saqueo y en el «rescate», la mujer más linda entre los venustos recogimientos del Sol y del Inca. Mientras otros más audaces capitanes y aventureros recorren por América descubriendo otras tierras, saltando abismos, surcando mares y ríos desconocidos y gigantescos.

Ciento cincuenta, doscientas personas que diariamente disfrutaban de la mesa del padre, a expensas, claro está, de los indios de su encomienda. Brillantes cabalgatas

que recorren por calles y plazas celebrando al victorioso del momento, para hacerlo igualmente otro tanto, al día siguiente, con el vencido de ayer. O más tarde, proclamando el advenimiento de un rey, el parto feliz de la reina, la entrada de un virrey o de un corregidor, la santificación de un beato, cuando ya no hay tierras por conquistar ni botines de guerra. Acalladas las troneras de la mansión feudal, procesiones suntuosas de imágenes de madera o de yeso, reemplazantes de los antiguos héroes de la conquista, a quienes los santifican y los simbolizan, cursan triunfantes, risueños y felices, sobre sus andas resplandecientes de joyas, conducidas por cientos de mitayos despojados de sus tierras.

Pero en cuanto contempla la faz llorosa de la madre, repudia a la postre por el capitán, el panorama que se le ofrece es opuesto al anterior. Tributarios de la encomienda que van a la casa paterna y le ruegan al mozo les haga las cuentas con verdad y justicia para no ser engañados por los «huiracochas». Multitudes indígenas hacia las cumbres tutelares, seguidas muy de cerca por el tiro de arcabuz, por los cascos de las caballerías, los «alter ego» del conquistador, por las lanzas de la soldadesca o por el recaudador rapaz. Sólo de cuando en cuando resplandece, como una llamarada amenazante, sobre las ruinas del pasado, el ansia vengadora de Manco II o, tiempos después, el movimiento social del cacique Tungasuca; fugaces resplandores de un futuro que apenas anuncia la aurora.

El muchacho Garcilaso recorría por las convulsionadas calles de «Cosco», recogiendo casquillos o detrás de la fanfarria de los capitanes victoriosos o sirviendo de audaz y eficiente guía nocturno a su padre y a sus demás deudos, cuando éstos huían del banquete de bodas que se realizaba el 13 de noviembre de 1553 en la casa de Alonso de Loaiza (ubicada en la «Pampa del Castillo»), a donde penetró en son de guerra el insurgente Hernández Girón; el mozo demostró su habilidad y sangre fría para escalar techumbres, saltar murallas y ganar la calle, mientras sus deudos le seguían confiados, logrando escapar hasta Lima.

Vuelto a la calma, iba al refugio hogareño a sumirse en un rincón del aposento, entre los deslumbrantes relatos que le hacen sus tíos maternos sobre las fábulas y las glorias de sus antepasados, consejas que lo adormecen gratamente y le sustraen del caos de su presente. El presente para él y para los de su madre es un caos — apropiación de los medios productivos, matanzas de miles de indios, esclavitud y ser-

# Significación e importancia del mestizo en la sociología boliviana

## I. — INDICES DEL MESTIZAJE EN LA DEMOGRAFIA BOLIVIANA

**N**ACIDO en Bolivia de la conjunción de las razas madres, blanca e indígena, el mestizo se presenta como un nuevo tipo que desde los albores de la Colonia hubiera adquirido influencia social creciente, a la par que los demás productos de mestización que surgieron de parecidas amalgamas biológicas entre los diferentes troncos aborígenes del Nuevo Mundo y los conquistadores europeos.

Su importancia es acusada en las sociedades americanas porque representa un vehículo humano de enlace entre los rasgos diferentes que componen los complejos culturales, así como por su ascenso continuo en la escala del grupo para promover un nuevo ordenamiento social y, finalmente, por su crecimiento demográfico que puede convertirlo con el tiempo, en tipo de unidad étnica que dé carácter a la fisonomía nacional de ciertos pueblos del continente donde predomina por su número.

Durante la colonia, los elementos nacidos de la amalgama biológica de los blancos con los indígenas del Alto Perú, sumaba un veinte por ciento del total de los pobladores del territorio, entre tanto que, la masa nativa representaba el 75 por 100 de la población. Los europeos y los blancos criollos integraban apenas la cifra complementaria del 5 por 100.

Este entronque de razas procedió del comportamiento del español, quien no tuvo reparos en mezclar su sangre con la del indio, tanto más que en la época de la conquista no trajo consigo a la mujer europea, particularmente al Alto Perú, a donde vino con propósitos de amasar rápida fortuna en las actividades mineras, en cuyos centros de explotación dejaría su descendencia bastarda mientras durase su ocupación transitoria, para poder volver a la península con las riquezas adquiridas a golpe de fortuna que le proporcionarían holgura y dignidades, para elevar su posición en el solar español.

Únicamente algunos contingentes de andaluces que procedieron del Paraguay, trajeron a sus familias para buscar definitivo arraigo en el oriente boliviano, bajo la persuasión del capitán don Nuño de Chaves que fué seducido por la leyenda de El Dorado, cuya ubicación creyó encontrarla en Moxos o país de la Gran Noticia. Pero allí mismo, en la vasta extensión de la llanura tropical por efecto de un acentuado contacto con los grupos de indios que se asimilaron a las formas de la sensibilidad española, ya fuera por la irradiación de las misiones jesuíticas o por el trato con los primeros conquistadores ante quienes los nativos no opusieron una actitud de resistencia a la absorción espiritual, los colonizadores que se sucedieron a lo largo de su empresa, fundieron su sangre con la raza aborigen.

Posteriormente, en todos los ámbitos del Alto Perú irrumpieron las ciudades como formas de población organizada de acuerdo con los patronos europeos. Los españoles que recorrieron la geografía rural de los primitivos americanos, quisieron concederle al territorio la significación social del paisaje europeo, fundando ciuda-

des, postas, villorrios con criterio militar, económico o político. No sólo por la función de sus actividades predominantes, agrícolas o mineras, sino por los efectos del dominio administrativo o por las razones de enlace y comunicación a que fueron llamados todos estos núcleos, se convirtieron en centros de la amalgama de razas y estuvieron destinados a acelerar el mestizaje que dió como producto al «cholo», nuevo tipo de la comunidad americana, el cual permaneció mecánicamente articulado al blanco, y sin embargo de ello, mantuvo su ambivalencia cultural, conforme a sus intereses de momento.

Si confrontáramos los resultados numéricos del último censo de 1950, con las cifras de la sociodemografía colonial, habríamos de inferir que el porcentaje de la raza indígena ha disminuido hasta un índice del 50 por 100 del total de la población, en tanto que el mestizaje ha alcanzado niveles mayores a un 30 por 100, proporción que acusa un aumento del 10 por 100 con relación a las cifras de la colonia. En este trance de crecimiento demográfico, el mestizo constituye el tipo humano nacional, pues como expresa Tamaño, ni el blanco ni el indio pueden permanecer alejados de un movimiento histórico y demográfico incontenible. Se comprueba esta aseveración por el flujo humano que partiendo de los extremos geográficos del país tiende a la unidad de los grupos de procedencia étnica variada. Además, las concentraciones urbanas hacia donde se desplazan los campesinos en un movimiento horizontal en pos de mejores salarios, como consecuencia de la industrialización, favorecen el fenómeno de las continuas mixigenaciones.

En el transcurso del régimen colonial o durante el proceso de la República, el blanco ha representado escaso número de unidades, que no se han renovado ni enriquecido por otras fuentes de inmigración nutrida, debido a la mediterraneidad de Bolivia y a su estructura territorial que no ha

concitado el interés de las masas extranjeras.

## II. — LAS CONDICIONES VITALES DE LA POBLACION MESTIZA

No es del presente tema hacer una digresión concreta sobre los resultados de la amalgama biológica de las razas, aunque en concepto de algunos, como Alejandro Lipschutz «No hay el más mínimo indicio científico en favor de la idea de que el mestizaje entre las distintas razas humanas sea perjudicial».

Se le ha tratado peyorativamente al cholo en razón de sus rasgos de sicología social, como que ellos tuvieran origen en su naturaleza biosíquica, sujeta a las leyes de una herencia fatal. Sin hacer un análisis de los factores que han contribuido a formar su mente, se le han atribuido condiciones solamente negativas. Jáuregui Rosquellas lo describe así: «Fanático en religión y en política. Con atonía de sensibilidad en los reveses de la fortuna. Amigo del descanso y rebelde a toda disciplina. Inclinado a los éxitos fáciles que no le exijan esfuerzo ni le resten algo de su libertad tan erróneamente empleada». Si estos conceptos son ciertos en su valor descriptivo, no pueden referirse al mecanismo de las razas, por cuanto la sicología no es función exclusiva de la herencia biológica, ni la cultura producto étnico, como afirma R. Benedict: «El comportamiento aprendido no se recibe al nacer; no está determinado por las células embrionarias, sino que cada generación debe aprenderlo». Esto se supone que se opera por la vía social.

Pero es obvio sostener que todos los grupos étnicos, como afirma el doctor A. Urquidí en un estudio sobre la sociodemografía boliviana, pueden alcanzar los más altos niveles de cultura, cuando las condiciones materiales de su cultura les son favorables.

Con respecto a la forma y circunstancias en que las clases populares atienden sus necesidades vitales, existen los más desoladores informes de biólogos y técnicos. El médico boliviano Juan Ma-



nuel Balcázar expresó hace pocos años que «la grave subalimentación infantil da cifras pavorosas sobre la desnutrición del niño». El dietista argentino doctor Alberto Escudero, al tratar del problema alimentario en el país, agrega: «El 56 por 100 de la población, que es indígena, se alimenta escasamente, y el 44 por 100 restante formado por blancos y mestizos, tiene una alimentación probable de 1.200 calorías diarias, cuando el índice normal debería ser de 2.562 calorías».

Indudablemente el comportamiento humano se debe a las causas sociales, que, en el aspecto vital se manifiestan en las distancias que guardan las clases en su alimentación, en el orden de trabajo, en las condiciones higiénicas de su vida, expresiones a las que habría que añadir el papel que desempeñan otras formas del grupo, concordantes con su tradición y adoctrinamiento de cultura.

El alcoholismo es un vicio difundido entre las masas mestizas que, como bien se ha aclarado, no constituye un fenómeno tratable por el simple plan informativo de la escuela, sino que se mantiene en las relaciones tradicionales, mientras no cambie substancialmente la estructura social.

A la subalimentación hay que añadir la deficiencia de la vivienda, del vestuario, la ausencia de hábitos de aseo o la dificultad de cumplirlos por causas materiales, el bajo rendimiento en el trabajo, los escasos salarios y otras condiciones deficitarias de vida que generan una secuencia de males que se traduce en una alta morbilidad y mortalidad, en una limitación económica a la capacidad consumidora y en el ausentismo de la escuela que imparta instrucción elemental.

Muchos hábitos han sobrevivido

por Humberto Guzmán Arze

## Significación e importancia del mestizo...

en virtud del ambiente retardado de las poblaciones de tipo preindustrial y de los villorrios y aldeas afectados por el sedicente feudalismo agrario, donde el mestizo se ocupaba de los trabajos serviles y de artesanía, sin poder elevar su «status» económico por el rango en que se hallaba situado y por la educación que correspondía a su condición social. El desarrollo posterior de la actividad minera, de los transportes, del comercio, y de la industria fabril, ha producido un movimiento vertical de ascenso para una minoría de individuos, mientras que la mayoría ha pasado a formar parte de la masa de obreros que sigue perteneciendo étnica y culturalmente al mestizaje. En cualquiera de las situaciones anotadas no han sido satisfechas convenientemente sus necesidades vitales, comprometiendo su naturaleza biológica, pese a lo cual, su crecimiento demográfico es permanente, porque en todos los ámbitos territoriales continúa produciéndose lenta y fatalmente la amalgama de las razas madres.

### III. — La acomodación social del mestizo durante la colonia

La sociedad del Alto Perú, desde la iniciación de la colonia hasta el tiempo medio de la República, tuvo configuración estamental, de modo que en este ordenamiento los estamentos superiores constituidos por europeos y criollos se apropiaron, como suele ocurrir en esta clase de estratificación, de los privilegios de dominio para defender su linaje ateniéndose a los derechos heredados.

En consecuencia, la jerarquía social se basó en el «preconcepto» de raza, de manera que, según expresa con tanto acierto el ilustre escritor don Luis E. Valcárcel, el hecho de pertenecer a una raza o a otra, significaba una posición variable en la escala social, teniendo en cuenta los ingredientes económicos y culturales que cada una poseía.

En el vértice de la pirámide social se ubicaron los españoles y sus descendientes los criollos que formaban el estamento dirigente, el cual gozaba de todos los pri-

vilegios con los caracteres de una feudalidad americana, aunque propiamente los criollos no tuvieron intervención en el más elevado aparato burocrático.

La base de la pirámide estaba ocupada por una densa masa de indios, desposeídos de sus bienes y obligados a la servidumbre de la tierra y de las minas, para atender con su trabajo la explotación de la plata y el cultivo del suelo, las dos riquezas sobre las que se asentaba la economía colonial del Alto Perú.

De la mixigenación de estas dos razas procedieron los elementos que ocuparon un sitio intermedio. Estos productos de la amalgama biológica por la proporción de sangre europea que llevaban en sí, disfrutaban de mejor condición económica y social que los estratos indígenas, aunque sus ocupaciones manuales fueran dedicadas a los oficios domésticos y de artesanado en las poblaciones urbanas.

El aislamiento geográfico del Alto Perú y los escasos medios de comunicación con el mundo exterior, mantuvieron estancado el carácter de la población andina sin dar oportunidad al cholo a que cambiara sus hábitos sociales por conducto de una interacción más activa.

Tamayo señala que la mentalidad del mestizo boliviano acusa falta de coherencia, de continuidad y de orientación, manifestándose dispersa y desordenada. Por estos rasgos se infiere que el cholo es producto del medio social encajado a los patrones en que se estratificó la colonia, y que fluye la capacidad de su mente de la escasa atención que prestó el vivir colectivo a su ética e intelectual; alejado de una actividad productiva, contaminado de los prejuicios de su época, prohibido por su representación social y por su «status» económico de concurrir a las escuelas, sin equipo de conocimientos para emprender una profesión, el país no pudo aprovechar el poder de plasticidad de su mente para conferir mejor orientación de sus aptitudes estimulándolas o modificándolas. Pues como afirma el profesor Fernando de Azevedo, los sentimientos, hábitos, creencias, ideas y prácticas, son adquisiciones culturales, vocaciones y tendencias que se conquistan por la vía social.

El comportamiento del mestizo en su grupo, tenía que guardar relación con las formas y caracteres demarcados culturalmente por su rango, el cual equivale a una situación neeconómica y a una posición en la escala de la sociedad. El sociólogo británico Morris Gingsberg sostiene que los individuos adquieren sus hábitos de conducta de la clase social de la que nacieron y que son las condiciones de ésta las que determinan en su mayor parte el tipo de educación de los individuos que han de recibirla. ● Proseguirá ●



## La historia hispano americana y la vida de Garcilaso

### ● Viene de la pág. 14 ●

vidumbre —; ese caos subsistirá por siglos. Se llevará a España, en lo más recóndito de su memoria, aquellas emociones contrapuestas de la dolorosa realidad, junto con las tradiciones incaicas y los recuerdos entrañables de su madre, para trocarlos en páginas vigorosas, en sus «Comentarios».

El dolor del panorama materno supedita la felicidad de la perspectiva del padre. Y así, sus «Comentarios» se nutren de ambas fuentes, que a la postre y en el fondo se contradicen, como su propia vida. «La conquista feliz de estos reinos»... «redimió a América de la idolatría indígena por la fe católica», son ideas, entre otras semejantes, contradictorias a la bondad que supone en los gobernantes incas y a la alta calidad progresiva de esa cultura.

### Libertad y servidumbre

Trágico punto medio de la vida de Garcilaso, el de la América mestiza, hasta hoy, que oscila entre la libertad de los pocos y la servidumbre de los más. Libertad de conquistadores, bastarda, que se sustenta de la fuerza y del poder, que es privilegio y fuero de excepción de las altas jerarquías de la sociedad y no de la razón y de la justicia para todos.

En disputa de esa falsa libertad fué atormentada la infancia de Garcilaso por las luchas civiles entre pizarristas y almagristas. Alzamiento de Gonzalo Pizarro (casi como «rey» del Perú), de Hernández Girón (personero de la oligarquía de encomenderos de «Cosco»), contra las resoluciones de la monarquía española que pretendían poner algún freno al derecho de conquista, al libertinaje. Rebeliones que servirán de modelo o ejemplo, más tarde, a los caudillos republicanos y hasta serán tomadas por los historiadores como precursoras de la emancipación política. Sangrienta batalla de Chupas, sainete tragicómico de Jaquijahuana; mítines de frailes libertinos o de ambiciosos por mejores encomiendas o por tesoros de fácil adquisición por el trabajo de indios que, a veces y con el tiempo, rinde más que los tesoros.

En uso de esa «libertad» Mansio Sierra juega a los dados la áurea imagen del Sol de Coricancha. Por esa libertad de mentira perecen en el patíbulo los Pizarro, los Almagro, los Carbajal, los Blasco Núñez y tantos otros.

Ciertamente el panorama del reverso es más pavoroso. La servidumbre de un pueblo — que antes tuvo instituciones propias, existiendo ya una clase de servidumbre —, es la base que sustenta al nuevo régimen. La «libertad» se alza sobre la opresión. Y aquella libertad falsa es el se-

ñuelo para el mejor éxito en el sometimiento. «Dame tu oro, el de tus montañas y el de tus ríos, tanto como el de tu trabajo y te concederé la libertad», dicen los conquistadores y sus descendientes, parodiando lo que pidió Pizarro en la prisión de Atahualpa. Esperanza que es fatuo fulgor que a veces estalla en la rebelión, la de Manco II, al no poder darles más oro, que en cierto modo fué la causa para el advenimiento de Garcilaso, pues su padre, el capitán, acudió al Perú (y al Cosco) en auxilio de los suyos, cercados por aquel Inca. Tiempos después de Garcilaso, aunque por la misma causa de la mixtificación de la «libertad», rebelión de Túpac Amaru, que entre sus reivindicaciones inmediatas pedía el fiel cumplimiento de las leyes españolas, reguladoras de la «libertad» de los jerarcas y con pretensiones de aminorar la servidumbre de los más. En ambos casos ejemplares, se pedía que las palabras usadas por los conquistadores fueran tomadas en su sentido justo, estricto, literal, que la Escolástica pretendía en todo momento y circunstancias deformarlas, mixtificarlas. El viaje de Garcilaso a España (casi una huida del caos) y su postrer obra de arte y de historia, «Los Comentarios» son su rebelión contra el caos y la mentira. Pues como quien se sustrae de la tremenda contradicción y encuentra un único rumbo se va a España. Su dolor, el fuego de la rebelión que le roe las entrañas, se manifiesta un tiempo bajo los pendones de los príncipes hispanos. No obstante, sus ímpetus se aquietan en las soledades del claustro o en los «Diálogos de Amor», que traduce al italiano. En este momento parece que se ha impuesto el panorama del padre, por más que, en el fondo, mantuvo su alma de «harahuico» andino, cusqueño.

J. URIEL GARCIA

### SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Journal autorisé par arrêté ministériel du 8 mars 1948

Giros: C.C.P. Paris 135 0756  
Roque Llop, 24 rue Ste-Marthe  
Paris (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL

Trimestre ..... 2,10 NF

Semestre ..... 4,20 NF

Año ..... 8,40 NF

Extranjero (año) .... 10,00 NF

Extranjero (por avión)

América del Norte 15,40 NF

América del Sur .... 19,00 NF

# \* La salud por el humor \*

NO se trata de una fórmula absoluta, pero sí de un estado de ánimo muy beneficioso para el bienestar general del individuo. Cierto que una vértebra dorsal desviada, una uña arrancada a lo vivo, o un cerebro agitado, no concitan a las donosas travesuras. No obstante, en el más pésimo de los casos puede morir-se en heroica belleza cual el ironista madrileño afectado de tisis galopante (caso citado por I. Prieto) que días antes de expirar notificaba por correo a un amigo suyo: «Es tan galopante esta tisis, que ni siquiera consigo ponerla al trote...»

Estar en humor ilumina la faz con sonrisas espontáneas, digamos, con la misma naturalidad que la primavera cubre de flores los prados. Opuestamente, fingir tal alegría de espíritu contribuye a avinagrarse la sangre, a templarse los nervios para una sonata en «do peor».

Por ese defecto hay quien muere creyendo que guasea. A uno los amigos le conceden crédito mental y dicharachero y lo pierden. Irremediamente. Al extremo de que cuando un recién venido no ríe con la pena de incondicionales del infalible risotero, éste aprueba secretamente la pena de muerte para tales casos de irreverencia. Cuenta «Denis» que un patrono sin pizca de gracia hacia reír alocadamente a sus operarios contando chistes. Sorprendido del éxito obtenido por el torpe acaudalado, un visitante quiso saber por qué permanecía inmovible determinado obrero.

— Porque a partir del lunes no trabajo más en la casa — aclaró el interpelado.

Decía el ocurrente Arturo del tardo Castellana: «Cuando chistea nos enfada a todos». Eran ambos dos buenas personas. Pero en campo «follonista» la situación motivada por el chiste gravoso suele provocar salivas agresivas y deterioros mostacheros. Mi amigo José había nacido para llevar la vida en serio, empezando a filosofar a los once años. Resultado: a los diecisiete adolecía ya de un estado de galvanización del carácter, al extremo de desconocer la palabra fácil y objetiva. Un día unos pandilleros echábamos requiebros breves, pero incisivos, a unas mozas que nos escuchaban entre el pudor y la desvergüenza. Entrometiéndose el filósofo amigo para chistear en discurso, obteniendo el resultado negativo previsto: las muchachas

huyeron, motivando ira palabrera en el galán incomprensido: «¡Estúpidas, groseras, carentes de seso!»

Seso le había faltado a aquél del cotarro que aviesa e inadvertidamente le había colocado en la convergencia de ambos muslos, un enorme palo al hilvanador de gracias de factura y efectos kilométricos, de donde la incomprensión femenina...

El humor es preferible que nazca con nuestra primera sangre, en defecto de lo cual bueno será inocularse el mismo en dosis de bondad, de paciencia, y de agudeza.

El humor es aliento y fe de vida, puesto que aleja el pesimismo y permite solear, internamente, incluso los días tempestivos.

La agudización cómica de las facciones (caricatura), ilustra y

alegra; si bien todo buen caricaturista empieza por caricaturizarse a sí propio, ganándose con ello el respeto, la atención, la simpatía y aun el agradecimiento no confesado de sus ironizados.

Una réplica ingeniosa no puede ofender, ni aun dirigida a nosotros.

No es bromista quien bromea a todo evento en exclusiva. Se trata, por supuesto, de un cenecrista con miedo pánico al cenecro del vecino.

La sátira es aceptable aplicada a los tiranos, a los avaros, a los inconstantes, a los fingidos. Para los traidores y malvados, lo más flojo aconsejable es el desprecio.

Con no ser muy recomendable, el chistosismo ilustrado, calcado, memorialista, es útil para animar reuniones, sujetos decaídos, y sectores, multitudes e individuos con nervio escaso y nulo objetivo. La dictadura primorriverista se mantuvo (y se hundió) merced al chiste manufacturado, así como el lerrouxismo persistió anecdóticamente, una gracia — la anécdota — que permitió a un pequeño político y ex gran sindicalista, discursar largo y tendido con poco decir sin provocar bostezos auditores.

¿El bolchevismo? He ahí guasa, Guasa terrible, sarcasmo hiriente por lo que inmola, pervierte, devasta y anula en esperanzas de completa redención personal y colectiva. Si «sin Dios el hombre es dichoso», sin Partido Comunista (B) el proletariado podría también serlo.

La chanza despectiva y la burla por envidia, importa no confundirlas con la salida cáustica, con la crítica ejercida con franca sonrisa. La mordacidad y el furibundismo ponen en evidencia estados secretivos penosos, y el sistematismo o encono contra una per-

sona o grupo determinado, nos sitúa a pocos milímetros de la maldad. Nada más miserable que azuzar al prójimo, con jocosidad pretendida, a fin de que gentes honestas sean despellejadas en conducta y estado de conciencia. Los hombres podríamos ser contrincantes sin necesidad de llegar a enemigos.

«Las bromes (nubes) traen agua» se dice en Cataluña. Sí, cuando la guasa es ofensiva, dejando, por ahí, de ser guasa. No, cuando ésta provoca una situación de comicidad capaz de acortar una polémica cansina sentando una definición aguda y alegre. En este terreno y en el de la caricatura, estamos siempre en el dominio de la verdad en relieve.

No se ignore que para ser humorista verdadero se necesita disponer de fortaleza moral efectiva,



Quando el humor y la razón faltan...

la salud de cada cual presente sus baches. De aquí el eterno lamento de los pusilánimes, que hoy relatan con todo detalle un reumatismo articular, y mañana una quemazón de estómago... que restará actualidad a la molestia reumática. Consecuencia: alivio por atropello de enfermedades y curación de éstas por el procedimiento del olvido. ¡La guasa reside incluso en aquéllos que se empeñan en amargarse la existencia!

Al tacaño, al abusivo, solemos replicarles con epítetos altisonantes que, en el fondo, les dan importancia y en cuya emisión nos incendiamos la sangre. Al respecto, es magníficamente aplicable la observación (citada por Puyol) de Mariano de Larra al propietario de la «Posada de las Cuatro Naciones»: «Menos naciones y mejor trato».

En el orden de lo discreto, el ironista Alberto Llanas mantuvo su crédito hasta el límite extremo. Enfermísimo, unos escritores fueron a verlo, se interesaron brevemente por la salud del visitado, y se entregaron seguidamente a una viva discusión sobre estilos y premios literarios. De pronto, el olvidado Llanas hizo un signo reclamando atención para que los ruidosos «contertulios» oyeran su última y verídica guasa: «Con permiso de ustedes, voy a morir-me». Y lo hizo.

Por nuestra parte, tenemos un fajo de pretendidas canciones que hay que esconder. No como oro, sino cual hojalata. Porque en este mundo de penas ni antes que esclavos preferimos morir. Es clavos del capital aún lo somos y mejor nos acomoda luchar para dejar de serlo, igual que se lucha para dejar de ser enfermo, ignorante o presidiario. Todo en la vida tiene su remedio, y en la espera o búsqueda del mismo, el aticismo, humor inteligente u ocurrencia feliz, pueden jugar un papel de suma importancia en la salvación de esa pobre humanidad que, de una aberración a otra, bien parece inclinarse por el recurso cruel y desafortunado de la liquidación por estropicio...

por Juan FERRER

de agilidad mental y desconocer las pésimas intenciones. Letrados e iletrados pueden estar igualmente dotados del sentido del humor. esa cualidad envidiable, ese chispero de ingenio, esa leve y precisa pimentación del espíritu. ¡Feliz el hombre que para responder a una agresión verbal — preludio de animales forcejeos — puede valerse de su gracejo dejando hombres y cosas en su debido lugar... sin intervención de guardianes ni curanderos de urgencia!

La vida en desespero constante debe entrar en mucho — no lo dudamos — en ese desafortunado concierto de bufidos, ternos e imprecaciones que a todos — sordos de entendederas aparte — ensordece y abruma. Pero en la lucha conceptuada social — la más dura — el individuo puede hallar motivos de regocijo para satisfacción propia y ajena. Cómo el problema de la riqueza social retenida por entes abusivos es de justicia y no de envidia; cómo la ley escrita es implacablemente injusta por un lado y grotesca por otro; cómo lo arbitraria, feo e inarmónico hallan génesis y desarrollo en lo dañino y absurdo, el crítico de todo ello que más atención y eficacia obtendrá será aquél que más justicia, claridad y menos melodrama coloque en sus observaciones. Con gritos y aspavientos, con fauces desencajadas, se logra asustar, alejar a las gentes, pero no a ganar prosélitos ni gaje de causa. Ni de las huelgas ni de las revoluciones, el humor está prescrito. «Mañana nos fusilan, pero ganaremos», exclamaba el héroe de Castelao. En encierros, clínicas y sanatorios es el humor quien sostiene la moral de los hombres.

Como la vida que las personas llevamos es insana, es natural que





## La Pantalla

### Producción española

**S**IGUE España detrás del carro de la producción cinematográfica mundial. Pese a los esfuerzos de algunos inteligentes el cine nuestro no arranca. Tacaño de suyo, el capitalista no aporta y las realizaciones brotan del esfuerzo inconsiderado de un puñado de creadores. Si se da algo voluminoso (no decimos relevante) se debe a la producción mixta: italo-española o hispano-americana.

«El Lazarillo de Tormes», que recientemente hemos visto, la dirigió César Ardavin contando con la colaboración de los artistas Memmo Carotenuto y Marco Paoletti, italianos, y de Carlos Casaravilla y Juan José Menéndez, españoles, por no citar sino los papeles principales. Paoletti, no bien desprendido del «plumaje» de la niñez, con su figuración del Lazarillo de Diego Hurtado de Mendoza y con su anterior participación en «El maestro», parece descartar de nuestro cine a los Pablitos portento que uno a uno vamos descubriendo. A decir verdad el asunto de «El Lazarillo de Tormes», meramente literario, es duro de pasar a la pantalla para que pase por ésta al público. La vida cruda de la calle sin vida holgada ni dama bonita no parece indicada para darla en gráfico moviente. Tal vez los italianos y en algo los franceses hayan conseguido discurrir la vía pública por el lienzo... contando con la libertad de tema y holgura de movimiento y con ventana abierta al éxito y a la compensación económica. Aquí esa ventaja es imposible por causa del Santo Oficio franquista, y en cuanto al Lazarillo, por la aridez cinematográfica del tema, que no logra flotar si no es por derroche de arte de los actores y por el acierto panorámico, ambiental, de los cameristas. Toda la picardía del niño indefenso obligado a meditarlo bien para obtener el mendrugo de cada día, y toda la maldad de unos mayores avaros y zafios, pasan con acierto por el objetivo logrando interesar al respetable, que tan descuidados tiene, en lectura, a nuestros magníficos clásicos. De todas maneras, no es mal síntoma que un film sin cañonazos ni procacidades de alcoba se agante en la pantalla.

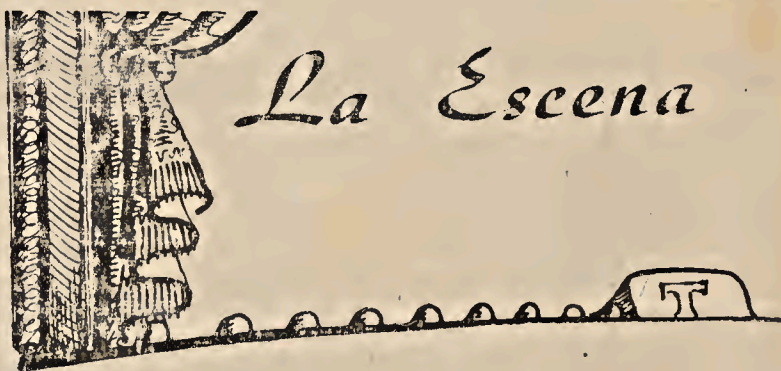
«Un rayo de luz». Película dirigida por Luis Lucía, tomando parte en la misma la niña «Marisol». María Mahor, Rafaela Rodríguez, Anselmo Duarte y Julio Sanjuán. Argumento anodino capaz de aburrir a la hilaridad misma. Los artistas que ayudan a desarrollarlo se les ve en esfuerzo sostenido para salvar una situación artística personal que «Un rayo de luz» amenaza oscurecerles. En realidad esta película es para relevar la andalucísima gracia de esa «Marisol» que en sus diez años ha asimilado cuanto folklore ha acumulado en dos siglos la llamada «tierra de María

Santísima», siendo además verdad que la Niña (en su doble acepción regionalista) tiene donaire incluso a la luz de las candelillas, ante las cuales apareció por interviu que evacuó satisfactoria y graciosamente para doble regalo del público.

Con «Gaudí» tenemos película «arquitectónica», puesto que en ella se trata de valorizar la pasmosa obra de este arquitecto singular, crédito universal para España y la ciudad de Reus, si es que Riudoms no consigue arrebatárselo a Reus el carnet rosa del nacimiento del maestro.

Guasitas aparte, diremos que la vida particular de Gaudí no da para argumento de nada y si mucho para una biografía personal del hombre creador envuelto en una atmósfera de época. Tal vez esto último trate de alcanzar el realizador José María Argemí en la segunda parte de su producción, consiguiéndolo —no creemos que plenamente— merced a la plasmación de la obra del genio gaudiano. Así, por una vez la segunda parte fué la buena... considerando a la primera completamente deslabazada, en arranque falso en gracia a la necesidad de novelar una existencia borrosa, sin otro relieve que el de un estudiante entre mil estudiantes, de un ciudadano joven entre cincuenta mil ciudadanos jóvenes. Era, en el Gaudí de entonces, cuestión de libros, de una toma de café, de una visita a este museo o aquella iglesia de estilo de un piro-pillo aplicable a la moza de paso y de un «tortell» de seis reales comible en familia. Pero que no nos venga Argemí con ese Gaudí tragicuras y anarquizante para lograr el contraste devoto de la madurez, porque no le creemos. Si lo ameno de un personaje radica en la desfiguración del mismo, maldita la gracia del cine. Si Gaudí no tiene «historia», razón de más para dar su obra en documental y «santas pascuas».

«El cochecito» es el film «español» realizado por un italiano. Marco Ferrari, según argumento facilitado por el escritor Rafael Azcona. «El cochecito» ha «acarreado» un premio fuera de concurso en la XXI Mostra Cinematográfica de Venecia. Y sin embargo, por buena que sea la «mise en scene» el tema es ingrato en dos aspectos: no ilustra ni divierte. El desafortado deseo de un octogenerio en poseer carrito de in-



## La Escena

### Descenso a la Plaza de Cataluña

**T**ENEMOS que hacerlo visto que en la Puerta del Sol y su contorno no se estrena. Que las traducciones de teatro ajeno abundan puede justificar la marcha mecánica de nuestro aparato teatral, pero no la continuidad del teatro hispano. Un ojeo aplicado a la cartelera madrileña nos indica la existencia de producciones firmadas Garson Kanin, Agatha Christie, Jean Cocteau, O'Neil...

Sin embargo, escenográficamente lo barcelonés no es mucho más afortunado que lo madrileño puesto que lo que dan en estreno sus coliseos no rebasa el estadio de la inanidad, cuasi de la somnolencia.

No criticamos buenas voluntades, no desmerecemos condiciones comediográficas ni gracias de léxico; pero habiendo que «educar divirtiendo» uno se capacita desde las butacas que los autores de hoy carecen de condiciones social-pedagógicas, de sentido adelantado, como si se hubiesen dejado estancar por el parón que Franco ha dado a las letras españolas. En castellano lo más «social» es lo de Alfonso Paso cuando se lo imagina, aunque no logre salir de la sensiblería, y en catalán se está lejos, lejísimo de lo apuntado por Iglesias, Pous y Pagès, Rusiñol, Cortiella y otros más que supieron colocar la inquietud popular en el escenario contrastando con las verbosidades y los patriotismos de Pitarrá, cuyo gasto pagaba inevitablemente el gabacho. Precisaba cortar de una vez la cola de la guerra de la Independencia, enmudecer al fin a ese tambor del Bruch, más ruidoso en las conmemoraciones festivas que en el escenario veraz de un conato de batalla.

Consideraciones aparte, fijémosnos en esa «Señora embajadora» que Regás (por esta vez Javier, no Xaver) puso sobre tablas en el «Guimerá», dama de corte clásico, pero tan amanerada que queda desconocida. Mero pasatiempo para un tiempo pasado — y perdido — bajo el cetro de Franco. «Cosas de papá y mamá» son del infatigable Alfonso Paso que las pasa en el «Comedia» para

válido que le supla la inutilidad de las piernas, con todo el cúmulo de secuencias que tal obsesión origina, no consigue provocar la unidad entre lo bello y lo senil que guionista y realizador persiguen. Lo nuevo y lo decrepito, si con largo tiempo si confunden, en el trato se distancian. Lo viejo interesa por lo vital que ha legado a lo joven y confundir la gracia de la niñez con la memez de las conciencias caducas puede tener mérito, pero no aceptación en los públicos amantes del arte vital. Esto quedará como documento de filmoteca. Y es que al público no se le recrea ni eleva con decrepitudes, por bien expuestas que aparezcan. — C.



demostrar que las dos generaciones que se tocan no se diferencian en nada, lo mismo que el eslabón del eslabón inmediato de una cadena. Las situaciones creadas con argumento así de trillado son de un frescor igualmente discutible, pero soportable. Cierzo que el título no sugiere novedades; pero abusando del ingenio del autor uno se atiende a sorpresas que, no llegando, resignan merced a graciosas intimidades caseras.

En el «Barcelona» continuamos el ciclo familiar en compañía también de Alfonso Paso. Trátase del estreno de «El niño de mamá», suerte de segunda parte del «hijo de papá». El argumento, americanizado, piérdese alguna vez en irrealismos a causa de un visible desplazamiento de ambiente. Que no hav que afeminar a los hijos, ello salta a la vista tanto en la mansión de Quevedo como en el «building» del Tío Sam. Pero Paso argumenta al trote llegando a la caída del telón sin haber reparada en los árboles y en las curvas del camino.

Enrique Ortenbach es un joven que ofrece sus primicias teatrales al «público mayor». Su presente: «Valentina», con problema de derecho a la vida propia y, por añadidura, de celos. En realidad, obra más osada en lenguaje — áspero, a veces — que en finalidad reconfortante. La forma — el envoltorio — con los años oscila, pero el cuerpo permanece con toda su sangre. La criatura humana girando en torno de sí misma... Buen escritor, Enrique Ortenbach no se acredita de revolucionario, pues no es igual «Valentina» que «valentía», y valga el abuso que me permito. — C.

# MESA REVUELTA



Cuando Mauricio Chevalier estuvo en San Juan de Puerto Rico no quiso abandonar esa capital sin verse con Pablo Casals. Para que la despedida fuese más emotiva el gran violoncelista ejecutó la celebrísima melodía «El cant dels ocells» (El canto de los pájaros). A Chevalier se le escaparon las lágrimas.



Entera la prensa franquista de que en Rusia se consumen alimentos comprimidos.

En España se «comprimen» los españoles no disponiendo de alimento alguno.



Combatiente en la montaña, Fidel Castro no desperdiciaba palabra. Gobernante en el llano, el propio Fidel pronuncia discursos de tres y cuatro horas.



Hoja de otoño sobre un idilio real muy publicado:

«Una deducción amarga en lo sensacionalista: Media culpa a Nariz Larga y media a Corto de Vista.»



El pastor Mauricio Macrahhin se negó a pagar impuestos al Estado por no contribuir al sostenimiento del Ejército.

Sometido al tribunal hizo nueva profesión de fe pacifista, siendo destinado al manicomio. Tal ocurrió en Estados Unidos como podía ocurrir en la URSS.

Para que se hable de pacifismo.

# LIBROS \* LIBROS \* LIBROS

SOCIOLOGIA  
HISTORIA  
LITERATURA  
CIENCIAS



PEDAGOGIA  
NARRACIONES  
BIOGRAFIAS  
POESIA

Adquirirlos en «SOLI», 24, rue Ste. Marthe, Paris (X\*), es ayudar al Suplemento.

## BIBLIOTECA DE «SOLI»

«Capitalismo y Democracia», A. Souchy .....	NF. 2 00	«Cerebro Infantil (El)», N. I. Kransnogrsky .....	12 00
«Capital (Le)» (resumen) Carlos Marx .....	2 00	«Cero y el Infinito (El)», Koestler, Col, Destino ..	10 00
«Capitán Proteo (El)», Pompeyo Gener .....	2 50	«Cebolleta y sus amantes» (Cuentos ilustrados) .....	2 50
«Capitán Veneno (El)», A. de Alarcón .....	2 50	«Ciencia contra monopolio», A. Zischka .....	3 25
«Capitain Fracasse (Le)», 2 vols., Th. Gautier ....	3 00	«Cien días de la vida de una mujer», F. Montseny	1 00
«Cartas Comerciales», José de la Vega .....	4 00	«Ciencia y Cultura», Dr. S. M. Neuschlosz .....	5 00
«Cartas de una Madre», Prevost .....	5 60	«Cielo y Tú (El)», Rachel Field .....	4 50
«Cartas a Mme. Recamier», Benjamin Constand .....	3 00	«Cien Días (Los)», H. Roth	4 50
«Cartas a la novia», Victor Hugo .....	4 00	«Cipreses crecen en Dios (Los)», Gironella, cartoné) .....	25 00
«Cartas de un corazón angustiado», De Carlo ....	1 50	«Círculo perfecto (El)», H. Morton Robinson .....	6 50
«Caricature de la femme dans l'oeuvre de Quevedo», A. Mas .....	11 50	«Ciudad de la Niebla (La)», Pío Baroja .....	6 00
«Carne y Espíritu», M. Van der Meersch .....	5 00	«Ciudad de los ojos alegres» (cuentos), Montiel Ballesteros .....	3 50
«Carta abierta sobre el Existencialismo», J. Salas S. ....	6 50	«Cité Future (La)», E. Tarbouvierck .....	5 00
«Carte des Vitamines et Calories», A. Orano ....	2 00	«Civilizaciones (Las)», Joaquín Pla Cargol .....	2 50
«Carteles», Pacheco, 2 vols. 14 00		«Civilización de España (La)», J. B. Treud .....	6 50
«Carteles», Pacheco y «Un esbozo de una Filosofía de la Dignidad», de Gille 3 50		«Civilización Hispánica», D. A. Palomeque .....	9 00
«Casa de la lluvia (La)», Fernández Florez .....	4 50	«Civilización del trabajo y de la libertad», Curio Chiaraviglio .....	6 50
«Casamiento de Figaro», Beaumarchais .....	1 75	«Clerambault», Romain Rolland .....	4 80
«Castillo del Oso (El)», Garros .....	3 75	«Clima hace el hombre (El)», Clarence A. Mille	5 00
«Catalinarias (Las)», Juan Monsalvo .....	6 50	«Claudia», Arnold Zweig ..	2 50
«Catalogne Libre (La)», Orwells .....	6 00	«Cocina vegetariana», Prof. Capo .....	1 00
«Catira (La)» (Historias de Venezuela), José Camilo Cela .....	19 50	«Cocinero europeo (El)», J. Breteuil, tela .....	4 00
«Caves du Vatican (Les)», André Gide .....	5 50	«Code de Bienseance», Leo Campion .....	4 30
«Caves du Vatican (Les)», André Gide, Col. Pourpre 2 50		«Code de Commerce», Dalloz .....	10 00
«Celos», Stefan Zweig ....	5 00	«Code Penal», Dalloz ....	10 00
«Ce que je crois», Jean Rostand .....	3 90	«Columna en ruinas (La)», E. Relgis .....	4 00
«Ce qu'est devenue la révolution», M. Ivon .....	1 90		
«Ce que les pauvres pensent des riches», F. Nicolay ..	4 00		
«Ce qu'on appelle la crise», J. Duboin .....	2 50		
«Ce r y a n t e s» (biografía), Bouret .....	2 50		

Nota. — Por sernos necesario, rogamos la liquidación de todos los envíos pendientes, y en particular aquellos que, por la razón que fuere, se han atrasado más de la cuenta.

# NOTICIARIO

Bajas en el Teatro:  
Fallecidos en el intervalo de pocos días la actriz Adela Carbone y el actor Alberto Romea, éste de la familia del célebre Julián Romea.

En Barcelona y en su Teatro Romea ha sido inaugurado el ciclo anual de Teatro Latino con «Fedra», a cargo de la Compañía de Silvia Montfort.

Nuevo poeta figurativo: Pedro Bargaño. Un ejemplo de su género: «Abro esta mano. Son 5 caminos por donde me huye el brazo.»

Hubo festival español en Ginebra bajo el signo regimental franquista. Derroche de valores artísticos —Nicanor Zabaleta, Andrés Segovia, Compañía escénica de Tamayo, etc.— con cargo al erario público hispano.

Han sido descubiertas nuevas pinturas rupestres en dos o tres cuevas del pueblo de Santeos (Teruel). Muchas figuras, predominando un grupo de bóvidos de gran tamaño y una figura humana armada de arco y flechas.

Nana Mouschouri y Aleco Pantas (griegos), han ganado el Festival de la Canción Mediterránea de este año en Barcelona, con «Nipna Aghapi Mou» y «Tha Klepso dio Triantafilla», del compositor también griego Kosta Yanidis. Países concurrentes: España, Italia, Francia y Grecia.

Un centenar de telas puntúan el I Salón de Arte Moderno establecido en el Conservatorio de las Artes del Libro, de Madrid.

El Orfeón de Sans (Barcelona) ha dado un concierto de canciones del repertorio orfeonista catalán, con obras de Morera, Millet, Pérez Moya, Manuel Borquió, Amadeo Vives y Agustín Bargaño. La audición tuvo lugar en el antiguo Hospital de la calle del mismo nombre.

El director del Circo Price de Madrid ha sido festejado por unos amigos con motivo de haber cesado en su cargo, sustentado por espacio de 20 años.

La verdad es que el Circo Price ha sido desahuciado por los nuevos propietarios de la finca, que piensan destinarla a otro negocio.

El primer centenario de la fundación de los Coros de Clavé ha sido algo celebrado en el Palau de la Música Catalana de Barcelona. Frecuentaron el escenario tres formaciones claverianas y el coro gallego «Cántigas d'a Terra».

Se está rodando en Cuenca «El Príncipe encadenado», versión libre de «La vida es sueño» de Calderón de la Barca acometida por Luis Lucía.

# VELAZQUEZ



VELAZQUEZ. Autorretrato

C IERTO día, ya lejano, en el devenir histórico, don Diego Rodríguez de Silva y Velázquez hizo un viaje a Italia (25 de noviembre, año de 1648). Viajaba en carruaje e iba con él su amigo y discípulo Juan de Pareja, quien, a su vez, era un eximio artista. Aquel viaje tenía por objeto adquirir para el rey Felipe IV las obras maestras que ornamentarían sus regias cámaras y las galerías palaciegas.

Se dice que Velázquez era de porte elegante y apolíneo rostro. Aunque lo recibieron el Papa Inocencio X y la nobleza romana, que nada sabían de sus magníficos lienzos, lo ignoraban como esteta insigne, y sólo lo distinguían por ser emisario o faraute del monarca ibérico. Cuando el pontífice (este pontífice condenó las proposiciones del teólogo holandés Jensenio sobre la gracia, el libre albedrío y la predestinación); cuando el pontífice le rogó que pintase, su augusta faz y sus papales vestiduras, Velázquez no le complació al instante, sino que primero pintó a Juan de Pareja, cuyos padres fueron moros — dice el articulista que escribe esta biografía y no indios, según otros afirman con cronológico ritmo e indicios genésicos (1). Entonces fué aquélla la hora en que iba la fama a expandir su eco para la alta honra de don Diego Rodríguez de Silva y Velázquez. La gloria del supremo arte se irradia sobre el retrato y el modelo. Consigo lleva Juan de Pareja la obra y dice a nobles y cortesanos: «Mirad a quien está en el lienzo y a quien porta la pintura». Pues era tan perfecta la semejanza y tan grande la impresión que había hecho en los espectadores, que el lienzo pasó al Museo, y Velázquez

(1) El traductor tenía entendido, quizás erróneamente, que Juan de Pareja nació en Sevilla el año de 1606 y murió en 1670, siendo sus padres indios y no moriscos.

fué elegido miembro de la Academia de San Lucas. El Papa se rinde al artista, como la noche se rinde al alba, y el artista comienza su trabajo pictórico, ¡qué maravilla, señor, qué maravilla! Velázquez nació en Sevilla en 1599 y expiró en Madrid en 1660. Se podría decir de él que ha nacido pintor en el rango más esclarecido entre los pintores cumbres. Orgulloso de su aristocrático abolengo, creía que a lo único a que debía aspirar un aristócrata era a conseguir un puesto en la Corte, y en ello estaban su obsesión y sus afanes (2).

Con una carta para algún cortesano del rey, llega Velázquez a la Corte. Introducido fué a las regias cámaras y pronto Felipe IV se perpetuará en el lienzo con mayor relieve favorable a su persona que el que obtuvo en los anales vernáculos, porque las generaciones venideras dirán que en su reinado ha sido España como un hoyo que es tanto más grande cuanto más tierra se le quita. Monarca débil, o quizás torpe, abandonó la monarquía en manos del funesto conde-duque de Olivares, quien en dos decenios, acabó de perder lo que quedaba por perder de la península. No permitió aquel soberano que otro pintor alguno lo pintase. A Velázquez y su familia dióles albergue en la palacial mansión. Que fué aquí durante 37 años, en cuyo período pintó los retratos de las Infantas, las Hilanderas, los Borrachos y la Rendición de Breda. (Si se nos permitiese una aclaración, citaríamos al Cristo para reproducir el salmo de Unamuno: Que si en las bodas de Caná cambiaste — en vino, el agua, en el martirio cruento — de tu pasión volviste al rojo vino — en agua

(2) Los griegos han definido casi todas las formas de gobierno y definieron la aristocracia de este modo: «La aristocracia es cuando no gobiernan los ricos, ni los pobres, ni los ilustres, sino los que en la república son más buenos.» Sin duda, en la bondad y no en las águilas y blasón pensaba Ortega y Gasset cuando decía que la sociedad es aristocrática siempre, quiera o no quiera, por su esencia misma, hasta el punto de que es sociedad en la medida en que se aristocratece, y deja de serlo en la medida en que se desaristocratece. Muchas veces fueron perversas por el uso, y el hombre, al adquirir dominio, confundió los términos y la aristocracia cambió de rumbo y modificó su etimológico sentido. Añade Ortega y Gasset: «La aristocracia social no se parece nada a ese grupo reducidísimo que pretende asumir para sí íntegro el nombre de *sociedad*, que se llama a sí mismo la *sociedad*, y que vive simplemente de invitarse o no invitarse.» — (N. del T.)

viva de Sicar, que apaga — para siempre la sed...)

Pintó los Bufones, los rancios nobles y las Meninas. Treinta y cuatro retratos pintó del rey Felipe, y, posiblemente, no habrá habido rey que lograse ese número entre lienzos tan reales. Honores recibió don Diego Rodríguez de Silva y Velázquez. Los honores se extendieron a tener aquel pasillo que se abría desde su estudio a las regias alcobas. Por él deambula Felipe IV, y con paso regio, se llega adonde hablan el gran maestro y los artistas de la Corte.

Felipe ofrece a Velázquez hacerlo caaballero de alguna noble orden, y Velázquez elige la Orden de Santiago. Con todo, ha habido sospechas sobre si el pintor era santo de buena ley, y un año entero dura la investigación para ver de declararlo libre de herejía, o de comercio ilícito, o de si procedía de árabes o judíos. Dos gentileshombres viajaron a Portugal con el propósito de hurgar en las raíces de su estirpe: otros dos fueron a Sevilla, y testigos madrileños declaran que jamás había aceptado dinero alguno por su trabajo. ¡Oh!, a pesar de estas investigaciones, un tribunal constituido por cuatro jueces halló que Velázquez no presentaba todos los buenos indicios de ser encuadrado en la nobleza, y sólo por haber alcanzado el rey una dispensa del Papa, pudo ser investido con las insignias con que se honra la Orden de Santiago apóstol (3).

Mas la inmortalidad de Velázquez no viene de sus títulos nobiliarios, sino de su inmenso genio

pictórico. A sus maravillosos lienzos trasladó el milagro de la vida, porque la vida está en ellos con todos los rasgos insitos al carácter individual. Genio creador el suyo, trabajaba al óleo, indiferente al preliminar esbozo, no haciendo, por lo tanto, ningún diseño, marchando sobre la obra hasta lograr su definitiva y radiante expresión. El vió que la luz y la sombra cambian con la distancia; entonces maneja de tal manera y de tal manera las sujetó a sus poderes, acaso demiórgicos, que nunca se falseó la ilusión de la perspectiva. Era pues, el dueño de su obra, y pasó sobre los pequeños detalles cuando éstos podían obstaculizar el conjunto en su máxima perfección espléndida.

Fijamente sus personajes miran a quien los mira y así pudo decir Ortega y Gasset que, al mirarnos de ese modo, sentimos no poder hablarles y no tener con ellos un coloquio amistoso.

● Traducido del inglés por J. Prado Rodríguez ●

(3) A través de tanto tiempo, aun la divinización del hombre ibérico subsiste en España. El creyente dobla la rodilla ante el obispo divinizado y besa la mano al clérigo también divinizado. Se diviniza al aristócrata, al mariscal, al señor de caudales, aunque no tenga pergaminos. Por esta divinización el caudillo Franco Bahamonde está en el poder como dios, exactamente como Calígula o como Sardanápalo. Y la Iglesia le da el incienso y las jaculatorias.

